

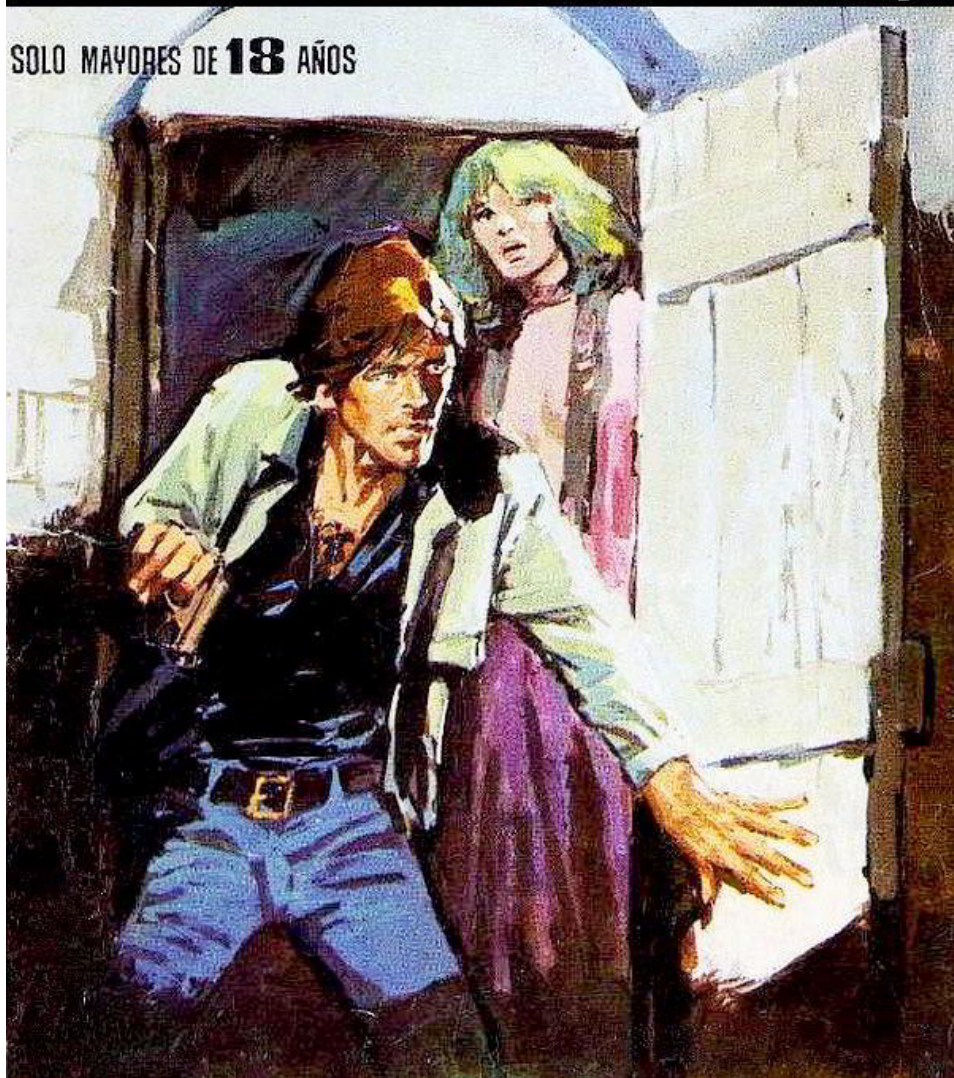
SERVICIO
SECRETO

SS

EL CASO DE LA DAMA ULTRAJADA

Adam Surray

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



Peter Holbrock pulsó el llamador de la puerta.

La hoja de madera se abrió a los pocos segundos. Franqueada por un individuo de unos cincuenta años de edad.

—Buenas noches, Holbrock. Pase, por favor. Celebro que haya sido puntual.

El estupor reflejado en el rostro de Peter Holbrock fue muy fugaz. Casi inapreciable.

Reaccionó esbozando una sonrisa comercial de las muchas que proliferaban en el edificio. Reducido. Antesala, despacho y servicios.

Se adentraron en el despacho.



Adam Surray

El caso de la dama ultrajada

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1548

ePub r1.0

Lds 25.01.19

Título original: *El caso de la dama ultrajada*

Adam Surray, 1980

Ilustraciones: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Peter Holbrock pulsó el llamador de la puerta.

La hoja de madera se abrió a los pocos segundos. Franqueada por un individuo de unos cincuenta años de edad.

—Buenas noches, Holbrock. Pase, por favor. Celebro que haya sido puntual.

El estupor reflejado en el rostro de Peter Holbrock fue muy fugaz. Casi inapreciable.

Reaccionó esbozando una sonrisa comercial de las muchas que proliferaban en el edificio. Reducido. Antesala, despacho y servicios.

Se adentraron en el despacho.

Mobiliario estándar. Mesa escritorio, sillas metálicas tapizadas en skay gris, archivador y armario empotrado.

—Tome asiento, Holbrock. ¿Un cigarrillo?

Peter Holbrock fijó sus grises ojos en el individuo.

Volvió a esbozar una sonrisa.

—Gracias, señor Doyle.

—No esperaba que me reconociera.

—¿Es una broma? Imposible no conocer en Washington al dinámico senador Stephen Doyle. Sus intervenciones en la Cámara criticando la política exterior del presidente son muy comentadas y aplaudidas. Espero que si un día ocupa la Casa Blanca no sea objeto de esas mismas críticas.

Stephen Doyle sonrió.

—Ni por mi mente ni por la del partido ha pasado la posibilidad de presentarme candidato a la presidencia. Hay otros hombres de más valía. Yo soy más eficaz y feliz en el Senado.

—Es posible. Mis conocimientos de política son prácticamente

nulos. Prefiero deambular por otros estercoleros.

El comentario no hizo mella en Doyle.

Mantuvo la sonrisa en los labios.

—No ha cambiado, ¿verdad, Holbrock?

—¿Cambiar?

—Me refiero a su etapa como agente del FBI. Sigue sin poder controlar su carácter.

Holbrock succionó el cigarrillo.

Era un individuo joven. De unos veintiocho años de edad. Alto. Delgado. Pelo negro. Facciones correctas, que, sin resultar atractivas, tenían un cierto encanto para las mujeres. Tal vez la sempiterna sonrisa burlona de sus labios. Sonrisa que era desmentida por la fría mirada de sus grises ojos.

—No recuerdo nada de mi paso por el FBI.

—¿De veras? En el Federal Bureau of Investigation no le han olvidado, Holbrock. Tampoco yo. De ahí que le haya citado. Dudé de que acudiera.

—Utiliza métodos muy convincentes, señor Doyle. Y originales. Es la primera vez que recibo una carta conteniendo cien dólares y una dirección escrita señalando día y hora. Muy del género policíaco.

—El caso que voy a exponerle también es... clásico.

—¿Piensa contratarme como detective privado?

—Ésa es mi intención. ¿Ocurre algo? Si está trabajando en...

—Oh, no. Simplemente mostraba mi extrañeza. Sé que cuenta con un eficaz equipo de investigación. ¿Por qué acudir a un vulgar y solitario investigador privado?

Stephen Doyle se reclinó en el sillón giratorio.

Mesó con nerviosa mano su cabello.

—Ciertamente es usted un detective solitario, pero no vulgar. También me consta su integridad.

—¿Qué me dice de mi salida del FBI? Recuerde que fui expulsado con deshonor.

—Conozco las causas que motivaron su expulsión, Holbrock. No olvide que soy un... político. Deduzco que no puede simpatizar con nosotros. Fueron cuestiones..., digamos de Estado, las que obligaron a su cese. Usted se empeñó en decir que una cosa era blanca cuando sus superiores afirmaban que era negra.

—¿Sabe de qué... color era?

El senador sonrió.

—Blanca, por supuesto; pero ciertas cosas no se pueden dar a conocer. Y menos un agente del FBI.

—Ése fue mi error al ingresar en el Federal Bureau of Investigation. Creí convertirme en un G-man

de película. Defensor de la ley, la justicia... y la verdad. El día de mi expulsión lo celebré con una borrachera.

—Se ha convertido en uno de los investigadores privados más prestigiosos de Washington.

—No me puedo quejar. Oiga, Doyle..., ¿no estamos divagando demasiado?

Stephen Doyle asintió.

Con leve movimiento de cabeza.

—Tiene razón. Voy a encomendarle un caso estrictamente privado. De ahí que haya alquilado este despacho para nuestra entrevista y el, que no acuda a mis investigaciones oficiales del partido. No quiero que trascienda el asunto. Ni lo más mínimo. Requiero la mayor reserva.

—Puede contar con ella.

—Sí, lo sé. Únicamente usted me inspira confianza. Voy a mostrarle algo, Holbrock.

Doyle se incorporó.

Abrió el armario para extender un proyector, que situó sobre la mesa.

De una de las paredes del despacho colgaba una pequeña pantalla.

El senador apagó la luz.

Puso en funcionamiento el proyector.

Era un filme en color. Mudo, En una corta frase se advertía al espectador que las imágenes que iba a presenciar eran rigurosamente reales. De un suceso provocado, pero cierto y real en todas sus consecuencias.

El filme se iniciaba desde el interior de un apartamento. La cámara enfocaba la puerta de entrada. Aparecieron tres individuos. Jóvenes y melenudos. Los dos primeros sujetaban a una mujer. Una muchacha. De seguro no mayor de los veinte años de edad. Llevaba

la boca taponada por una cinta adhesiva. El rostro de la muchacha, de extraordinaria belleza, desencajado por una mueca de terror.

Los tres individuos arrastraron a la joven hasta el dormitorio.

Al arrojarla sobre la cama, la muchacha se quitó rápidamente la mordaza. Por la expresión de su rostro el grito de auxilio debió ser desgarrador.

Uno de los melenudos la abofeteó.

Ante la desesperada resistencia de la joven acudieron los otros dos individuos. La inmovilizaron sobre el lecho. Uno de ellos sujetó los brazos femeninos mientras otro procedía a atar los tobillos de la muchacha a los barrotes.

Los tres hombres rieron.

Uno de ellos, de dientes caballunos y nariz afilada, comenzó a desvestirse.

La cámara enfocó el rostro de la muchacha.

Captando todo su horror.

Desencajó las facciones en nuevo grito cuando el individuo se lanzó salvajemente sobre ella. Los otros dos melenudos sujetaban ahora cada uno de los brazos de la joven.

Nariz Afilada procedió a desnudarla.

Con lentitud.

Recreándose lascivamente al despojarla de sus prendas más íntimas.

Se ladeó para que la cámara enfocara el cuerpo femenino. En obscenos primeros planos.

Acto seguido, se inició la brutal violación.

La muchacha se debatía inútilmente.

Los dos melenudos que la sujetaban optaron por atar las muñecas al cabezal del lecho para así poder participar en el juego.

El trío llevó a cabo la más depravada y alucinante de las violaciones.

Y el *cameraman* hizo un buen trabajo.

De ahí que recibiera también su recompensa.

Uno de los melenudos avanzó hacia la cámara. Desapareció surgiendo en su lugar un individuo de color. También joven. Atlético. Con vestimenta igualmente similar a la de sus compañeros. Chaqueta de cuero, pantalones ceñidos, botas...

La muchacha yacía semiinconsciente.

Cuando el individuo de color se abalanzó sobre ella ni tan siquiera pareció gritar.

El rodaje. Los enfoques y movimientos de cámara no eran tan perfectos como cuando fueron dirigidos por el negro.

Nariz Afilada susurró unas palabras al oído de la joven.

Ésta denegó moviendo desesperadamente la cabeza.

Fue entonces cuando apareció el cuchillo.

Una navaja de resorte que se apoyó sobre el cuello de la aterrorizada muchacha.

Y bajo aquella amenaza cedió.

Obligada a realizar los más obscenos actos.

Culminaron con una *fellatio* al joven de color.

La filmación terminaba en un *travelling*. De nuevo la cámara dirigida por el negro. Enfocada sobre el lecho donde la muchacha era liberada de sus ligaduras; aunque incapaz de reaccionar. Inmóvil. Sin fuerzas...

En la pantalla apareció la indicación de The End.

Stephen Doyle encendió la luz del despacho.

—¿Qué opina, Holbrock?

Peter Holbrock entornó los ojos.

Fijos en el senador.

La palidez de Doyle era casi cadavérica.

—No me ha sorprendido, Doyle. He visto filmes prohibidos aún más espeluznantes. Supongo que estará al corriente de que el Sindicato del Crimen ha realizado filmes donde la víctima es sacrificada realmente. Un asesinato en vivo. Aquí, al menos, la dejan con vida.

—¿Cree que éste es un filme producido por la Mafia o un Sindicato del Crimen?

—No.

—¿Por qué esa seguridad?

Holbrock encendió un cigarrillo.

—Conozco bien los sindicatos del crimen. Este filme está plagado de datos que pueden conducir a identificar a los violadores. El Sindicato, aunque distribuya sus filmes especiales a clientes escrupulosamente seleccionados, no deja pistas. Lo que acabamos de visionar, es obra de alguna productora pornográfica que, a menos escala y consecuencias, sigue la pauta de los sindicatos del

crimen limitándose a filmar una violación con todo su cruel y vergonzoso realismo. Este tipo de películas producen buenos dividendos que compensan el riesgo. El público está cansado del vulgar y rutinario porno. El saber que lo que está viendo es real; que existe en verdad una víctima inocente, aumenta su morbosidad.

—Bastardos...

Stephen Doyle dominaba difícilmente su nerviosismo.

La mirada del detective se hizo más inquisitiva.

—¿Cuál es el problema, Doyle?

El senador retornó tras la mesa escritorio, permaneciendo unos instantes con el rostro oculto entre las manos.

Alzó la cabeza.

Enfrentando su mirada a la de Holbrock.

—Esa muchacha..., la víctima de la violación...

—¿Sí?

La voz de Stephen Doyle fue apenas audible.

—Es..., es mi esposa...

CAPÍTULO II

Stephen Doyle esbozó una sonrisa.

—Conocí a Karen Heller en la ciudad de Nueva York. Hace ya tres años. Ella trabajaba de relaciones públicas en la Sommer Company. Fue..., fue algo... No sé cómo explicarme, Holbrock. Lo cierto es que me enamoré como un colegial. ¡A mis cuarenta años!

Doyle enmudeció.

Tal vez esperando algún comentario de Peter Holbrock.

Al no recibirlo, prosiguió con pausada voz:

—Las dos semanas que permanecí en Nueva York fueron maravillosas. Al lado de Karen experimentaba una felicidad que jamás había soñado poseer. No quise renunciar a ella y le pedí que se casara conmigo. Me rechazó, Holbrock. ¡Sí, diablos...! ¡Me rechazó! Dijo que aquello era una locura, que me apreciaba, que le resultaba agradable...; pero que desistiera del matrimonio. Que en Washington ya me olvidaría de ella. No fue así. La telefoneaba todos los días. Su ausencia me hacía daño. Para evitar mi asedio dejó su trabajo en la Sommer Company, aunque de poco sirvió. Seguí en mis intenciones. Con más vehemencia. A los tres meses volví a Nueva York dispuesto a convencerla. Por las conversaciones telefónicas sospechaba que su resistencia iba cediendo. El mismo día de mi llegada nos casamos. Karen Heller se convirtió en la señora Karen Doyle.

—Apuesto que recibió pocas felicitaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Hay muchos y falsos prejuicios, Doyle. Deduzco que doblaba la edad a su esposa. En el seno de su partido no les agradaría ese matrimonio.

—Cierto, pero el tiempo les ha hecho cambiar de opinión. Karen,

mi esposa, se ha ganado la simpatía y admiración de todos. No acostumbra acompañarme a cenas y recepciones políticas; pero cuando lo hace me siento orgulloso de ella. Todos temían que la juventud de Karen contrastara con mi metódica forma de vida. Se equivocaron. Karen es hogareña, discreta y sencilla. La mujer ideal para un político. Ella es también mi más eficaz colaboradora y crítica. Juntos preparamos los discursos y...

—¿Qué edad tiene su esposa, senador?

La seca interrupción hizo arquear las pobladas cejas de Stephen Doyle.

—Pues... veintiséis. Veinticuatro menos que yo. Esa diferencia de edad no es obstáculo para nuestra felicidad. Los tres años que llevamos de matrimonio son los mejores de mi vida. Y estoy dispuesto a luchar por esa felicidad, Holbrock. Con todas mis fuerzas.

—Está siendo sometido a chantaje, ¿no?

Doyle asintió con débil movimiento de cabeza.

—Hace cinco días recibí la cinta por correo. Me exigieron diez mil dólares. Si pagaba me entregarían el negativo de la película.

—¿Dónde depositó el dinero?

—En una papelería del Korty Park. La situada entre la fuente y el viejo entarimado de la orquesta.

—Y todavía está esperando el original de la película.

—Ayer recibí una carta. Al igual que el paquete anterior, con matasellos de Washington D. C. Ahora quieren veinticinco mil dólares. Me envían también un impreso donde figura una relación de títulos de cortometrajes. Junto a cada uno de ellos se relaciona el número de copias efectuadas. El que corresponde a Karen lleva por título *Violación en el apartamento*. Con doce copias. Todos oscilan entre las doce y veinte copias. Me aseguraron que tienen en su poder las doce copias de *Violación en el apartamento*, contando la que me enviaron, y el negativo original del filme. Las han reunido con gran esfuerzo económico. Me las ofrecen por cien mil dólares. Copias y original. De entregarles únicamente veinticinco mil dólares solo recibiré el negativo.

—No recibirá nada, Doyle. Entregue veinticinco o cien mil. Le seguirán chantajeando.

—Lo sé.

—No debió ceder la primera vez. ¿Por qué no acudió a la policía o al FBI? Allí tiene buenos amigos.

Stephen Doyle agrandó los ojos.

—Pero... ¿no se da cuenta? ¡Este repugnante filme es algo más que la violación de una mujer! Karen es degradada y sometida a todo tipo de aberraciones. Obligada a... ¡Dios, es horrible...! ¡Horrible...!

—Tranquilícese, Doyle. Comprendo su postura. Habitamos un mundo de maldad y envidias. Con la intervención del Federal Bureau of Investigation, y aun llevando el caso con la máxima prudencia, se cometerían infiltraciones. Y no todos disculparían la sumisión de la muchacha. Ni tan siquiera razonarían la pérdida de voluntad tras la brutal violación. Ni el terror que la dominaba. Ni el cuchillo... Los hipócritas clamarán por la defensa de la dignidad aun más allá de toda amenaza. Sí, Doyle. Las damas honorables y distinguidas de Washington quedarían muy traumatizadas con la noticia.

—Celebro que comparta mi punto de vista. El conocimiento de este filme, aun siendo mi propia esposa la víctima inocente, arruinaría mi carrera política.

—¿Dónde y cuándo tiene que efectuar la entrega?

—¿Acepta el caso?

Peter Holbrock sonrió.

En fría e inexpresiva mueca.

—Por supuesto, Doyle. Los chantajistas me resultan repulsivos.

—Éstos son chantajistas y degenerados violadores.

—Creo que comete un error. Quien le somete a chantaje no es ninguno de los... actores.

—¿Cómo llega a esa conclusión?

—Muy sencillo, Doyle. Usted era igualmente rico hace tres años, cuando su boda con Karen. Los violadores le hubieran sometido entonces a chantaje. No fue así. Ellos ignoran que su víctima se ha unido a tan importante personaje. ¿Cuál dijo que era el nombre de soltera de su esposa?

—Heller. Karen Heller.

—Correcto. Recuerdo que, como agente del FBI, acudí hace un par de años a una recepción. Actuaba de guardaespaldas. Le vi entrar con su esposa, Doyle. La belleza de la señora Doyle es difícil

de olvidar. La recuerdo con su pelo rubio elegantemente peinado, su rostro de salientes pómulos... Muy diferente a la joven del cortometraje.

—Es ella.

—Lo sé, lo sé...; en los primeros planos se manifiesta; pero quiero decir que sólo un observador muy perspicaz, o los mismos violadores, relacionarían a esa muchacha con la actual señora Doyle.

—¿Adónde quiere llegar?

—Mi hipótesis es que alguien de su círculo adquirió casualmente el filme. Descubrió en él a la señora Doyle y quiere sacar jugo a su hallazgo. Descarto a los violadores.

—Entonces, lo de las doce copias...

—Puede que existan realmente solo doce copias, aunque me temo no en poder del chantajista. Ese impreso debe ir de propaganda al adquirir clandestinamente uno de los cortometrajes.

—¿Qué me aconseja, Holbrock? Tengo que entregar el dinero mañana. Al mediodía. En el mismo lugar que la primera vez.

—Hágalo. Los cien mil dólares. Yo estaré allí.

—Me amenazaron con enviar copias del filme a la prensa sensacionalista si acudía a la policía o seguían al...

—Conozco mi oficio, Doyle —interrumpió el detective con una sonrisa animosa—. No se preocupe y deje el asunto en mis manos. ¿Cómo ha reaccionado su esposa?

Stephen Doyle parpadeó.

—¿Karen...? No se sabe nada. No se lo he dicho.

—¿Por qué?

—Oiga, Holbrock. Yo ignoraba este suceso. Karen me lo ocultó y no la culpo por ello. Era demasiado canallesco y vergonzoso. De seguro que Karen se ha esforzado al máximo por borrarlo de su mente. Ocurrió, según la primera carta del chantajista, hace cinco años. Dos antes de mi matrimonio con Karen. No quiero que vuelva a recordar nada de aquella alucinante pesadilla. Deseo evitárselo. Ya ha sufrido bastante. Ahora comprendo le melancolía y tristeza que alguna vez sorprendía en su mirada. Desconocía la causa. Ahora sé que el fantasma del pasado acude a su mente atormentándola.

—¿Tiene aquí las dos cartas del chantajista?

—Sí. También el impreso con la lista del filme.

Stephen Doyle llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo un sobre, que depositó sobre la mesa escritorio.

—¿Le importaría que me lo quedara? —inquirió Holbrock—. También la película.

—¿La... película? Después de mostrársela era mi intención quemarla. Creo que también a mí me atormentará por el resto de mis días.

—De resultar falsa mi hipótesis y ser los violadores quienes ejercen el chantaje, la película me será de mucha ayuda.

—De acuerdo. Confío en usted, Holbrock.

—Gracias.

Stephen Doyle tendió un cheque de cinco mil dólares.

—Para los primeros gastos, Holbrock. Si soluciona el caso, junto con mi eterna gratitud, recibirá una fuerte recompensa.

—Le presentaré mis honorarios y minuta de gastos, señor Doyle. No tiene que pagar de más ni de menos.

El senador se incorporó.

Cansinamente.

—Aquí tiene mi dirección, Holbrock —dijo tendiendo una cartulina—. Espero sus noticias.

—Las tendrá, Doyle.

CAPÍTULO III

Peter Holbrock estacionó su coupé Buick «Skyhawk» en el *parking* subterráneo del edificio.

Con un pequeño envoltorio bajo el brazo se encaminó hacia uno de los elevadores.

La cabina le situó en la planta doce.

Minutos más tarde introducía la llave en la cerradura del apartamento señalizado con las siglas

12-C-7

.

Le sorprendió la luz procedente del salón.

También la música.

—¿Eres tú, Peter?

Holbrock quedó apoyado en el marco de entrada al salón.

Sonrió.

—Joanna, qué agradable sorpresa. De saberlo hubiera puesto champaña en el frigorífico.

La muchacha reclinada en el sofá se incorporó para desconectar el tocadiscos. Lucía amplia falda y camisa de algodón de cuello redondo. Sobre una de las sillas una corta chaqueta en *tweed* a juego con la falda.

En el rostro de la joven, de perfecto óvalo y enmarcado por sedoso cabello castaño, se dibujó una sonrisa.

—No te hagas muchas ilusiones, Peter. Te he esperado un par de horas en el despacho. Decidí coger de la caja las llaves de tu apartamento y venir aquí.

—Magnífico, nena, magnífico...

—Para entregarte el *dossier* de la Stern &

Welch Company —recalcó significativamente la muchacha—. Era muy urgente, ¿no? Echale un vistazo por si quieres comentarme algo. Y pronto. Quiero irme a casita. Por supuesto que estas horas extras me las abonarás.

—Eres la secretaria ideal, Joanna.

Holbrock había depositado el paquete sobre la mesa para poder abarcar con sus brazos la cintura femenina. La atrajo contra sí besándola en la boca.

—No empecemos, Peter...

—Eso es lo triste, Joanna. Cuando yo empiezo tú ya lo das por terminado.

—Soy tu secretaria. Solamente eso. Quedó muy claro, ¿no?

—Okay.

Peter Holbrock se despojó de la chaqueta arrojándola despreocupadamente en una de las sillas que adornaban el salón. También dejó, aunque con más cuidado, la funda sobaquera donde reposaba un revólver del treinta y ocho.

Joanna retornó al sofá abriendo un maletín situado sobre la redonda mesa.

—Creo que estamos tocando fondo, Peter. El espionaje industrial a que es sometida la

Stern &

Welch Company...

—Olvidalo.

En los almendrados ojos de Joanna se originó un veloz parpadear.

—¿Cómo?

—Olvida el asunto de la

Stern &

Welch Company. No corre prisa. —Holbrock estaba rebuscando entre las botellas del mueble bar—. ¿Quieres beber algo?

—No. ¿Tenemos nuevo caso, Peter?

—Ahá.

Joanna rió divertida.

—Sabía que terminarías por aceptar. El magnate Salkow te tentó con sus dólares y el escrupuloso detective alargó la mano.

—¿Así?

Holbrock, que se había acomodado en el sofá junto a la

muchacha, introdujo su diestra bajo el vestido femenino.

Joanna la apartó de inmediato.

Dirigió a Holbrock una furiosa mirada.

—Te consideras muy gracioso, ¿verdad?

—Disculpa, nena. —Holbrock cogió el vaso de *whisky* depositado sobre la mesa—. Referente a Salkow, no he alargado la mano. Me limité a llamarle bastardo.

—¿No has aceptado?

—No me consideré capacitado para la misión.

—Pero... se trataba simplemente de demostrar la infidelidad de su esposa. ¡Y estaba dispuesto a pagar el triple de tus honorarios habituales! Nos consta que la señora Salkow tiene citas clandestinas con...

—Conociendo al señor Salkow merece mi aprobación.

La muchacha se encogió de hombros.

—Bueno. Allá tú. Mientras no te demores en mi paga puedes hacer lo que quieras.

—Gracias, Joanna. Esperaba oírte decir eso.

Peter Holbrock aferró los hombros de la joven. De nuevo la besó en la boca.

—No, Peter...

—Me has dicho que puedo hacer lo que quiera...

Joanna ladeó el rostro.

Y los labios de Holbrock se posaron sobre el grácil cuello femenino. Mordisqueó el lóbulo de la oreja para luego buscar otra vez los carnosos labios de Joanna, que se entreabrieron para una protesta que no llegó a formular.

Fue un beso más audaz.

Más prolongado.

Más ardiente...

Peter Holbrock fue reclinando a la mujer sobre el sofá. Desabotonó la blusa. Los senos se transparentaron bajo el fino sujetador de tul de nylon. Eran pequeños, duros, erguidos...

—Lo sabía, Peter...; sabía que ocurriría —jadeó Joanna—. Al entrar en tu apartamento sospeché que terminaríamos así...

Holbrock no contestó.

Tenía la boca llena.

—Peter...

Holbrock, desde el mueble bar, desvió la mirada hacia la muchacha.

—¿Sí?

—Creo que esto va a enturbiar nuestra relación jefe-secretaria.

—No digas tonterías.

—Siempre ocurre así. Mientras se mantienen las distancias todo va bien; pero si... ¡Eh, Peter! ¿Es una película?

Joanna, que jugueteaba distraídamente con el envoltorio, descubrió la cinta.

—Sí, lo es.

—Apuesto que se trata de un filme porno —rió Joanna, en pícaro y gracioso mohín—. ¿Por qué no la has puesto antes de...?

—Ciertamente es un filme porno, pero dudo que te entusiasme.

—No me consideres ninfómana, sino curiosa. ¿Tienes proyector?

—Sí.

—¿Dónde está?

—No vas a ver esa película, Joanna.

—¿Por qué no? ¡Oh, Peter...! No soy una mojigata ni me escandalizo por unas escenitas subidas de tono.

Holbrock vació el *whisky*.

Asintió.

—*Okay*. Pensaba mantenerte al margen del caso, pero tal vez necesite tu ayuda. Apaga las luces.

El proyector estaba en uno de los muebles.

Peter Holbrock lo montó colocando la pantalla a la distancia adecuada.

Con el salón en penumbra accionó el automático de puesta en funcionamiento.

—¿Es cierto eso, Peter? —inquirió la joven al leer el cartel del inicio—. ¿Es un hecho real?

—Correcto. —Holbrock se reclinó en el sofá encendiendo un cigarrillo—. Y ahora guarda silencio.

Empezó la función.

Una puerta que se abre.

Tres individuos melenudos.

Una muchacha...

Fue a los dieciocho minutos de proyección. Cuando el individuo de color entró en escena.

—Ya...; ya es suficiente, Peter —susurró Joanna, conteniendo casi la respiración—. Desconecta.

—No, pequeña. Hasta el final. Tú querías verlo, ¿no?

—No podía imaginar que...

Joanna enmudeció.

Impresionada por la aparición de la navaja de resorte sobre el cuello de la muchacha.

Y como hipnotizada contempló los minutos finales de aquella depravada y espeluznante orgía.

Peter Holbrock iluminó el salón.

Con burlones ojos fijó su mirada en el encendido rostro de Joanna. Rojo como la grana.

—¿Satisfecha la curiosidad?

—Eres un... ¡Oh, Peter! ¿De dónde has sacado esa infamia?

—Es nuestro caso, Joanna. La chica violada es sometida a chantaje.

—¿Chantaje? ¿Ella...? ¡Por todos los santos...! ¿Por qué lo acepta? ¡Ella es la víctima de esos canallas! Debes convencerla de que denuncie el chantaje a la policía. ¿Qué teme?

Holbrock esbozó una sonrisa.

Joanna Tyler, por su trabajo anterior en la sección de ecos de sociedad del *Evening Star*, conocía a la señora Doyle.

Y no la había relacionado con la muchacha del filme.

Cierto que habían transcurrido cinco años desde la filmación. Y Karen Doyle había acentuado, sin duda deliberadamente, un cambio físico considerable.

—Esa joven es ahora una dama importante, Joanna. Su marido trata de protegerla aun cediendo a los chantajistas.

—La policía, con este filme en su poder, identificaría a los cuatro individuos en cuestión de minutos.

—Sí. Y *Violación en el apartamento* ocuparía el número uno en el *ranking* de películas «X».

—¿Violación en el apartamento...?

—Es el título. —Holbrock cogió el impreso—. Se trata de una productora cinematográfica con poco material. Sólo quince

cortometrajes. Y de todos ellos se deduce la violación como tema principal. *La indefensa muchacha del Central Park*, *La joven de la autopista*, *Violación en el camping*... Aquí, al final, puede leerse una nota muy convincente para animar al cliente. Escucha... «Todos los filmes son hechos reales provocados por la productora. Algunos de ellos fácilmente comprobables por las posteriores denuncias a la policía de Nueva York».

—Bastardos... Imagino que pocas de esas infortunadas, conscientes de que se estaba filmando su propia violación, acudirían a denunciar a la policía.

—Un ochenta por ciento de las violaciones no son denunciadas por sus víctimas. Guardan para ellas el secreto y la vergüenza.

—¿Vergüenza? —gritó Joanna—. ¿De qué tienen que avergonzarse? ¿De la brutalidad del hombre convertido en fiera salvaje? Ninguna mujer violada es culpable ni debe avergonzarse de sí misma; sino de la sociedad que permite deambular por las calles a monstruos sin escrúpulos.

Holbrock sonrió.

—Puede que tengas razón, nena; pero la mayoría silencian lo ocurrido. Y de eso se benefician los violadores.

—¡Acaba con ellos, Peter! ¡Aplástales!

—Tranquila, Joanna, tranquila...

La muchacha mesó su largo cabello.

—Dame un *whisky*, Peter. Ver ese filme me ha alterado. Es... es diabólico. Conocía la existencia de filmes pornográficos, sadomasoquistas, gay..., aberrantes películas para complacer los más bajos instintos; pero siempre se trataba de actores que estaban desempeñando un sucio papel. Sólo eso. Se puede filmar una violación fingiendo que...

—Eso queda para los productores porno legales —interrumpió Holbrock—. El público compra los filmes y es un buen negocio. Ahí tienes a Linda Lovelace y su millonaria en dólares *Garganta profunda*. Los que se dedican a cortometrajes pornográficos deben ofrecer algo diferente para obtener buenos beneficios. El porno es muy rutinario. Hay que buscar variantes. El Sindicato del Crimen filmó asesinatos reales. Los de *Violación en el apartamento* no se han atrevido a tanto, pero sí han realizado un producto de fácil venta a determinados individuos de elevada morbosidad.

—Me resulta difícil creer en tanta maldad.

—¿Qué haces, Joanna?

—Terminar de vestirme.

—¿Por qué? No pensarás marcharte. Teníamos proyectado...

—Eso era antes de ver ese engendro de película. —Joanna introdujo la blusa bajo la falda. Tomó el bolso de mano y la chaqueta—. Ni por todo el oro del mundo me quedaría contigo esta noche. Y añadiré algo más, Peter. ¡Todos sois iguales! ¡Unos cerdos!

El portazo dado por Joanna al salir del apartamento hizo tintinear la cristalería del mueble bar.

Peter Holbrock, tras unos instantes de estupor, terminó por sonreír.

Apagó la luz del salón.

Acudió junto al proyector para ponerlo en funcionamiento. En algunas de las escenas del filme retenía la imagen o daba marcha atrás.

Su interés por el filme no era morboso ni lascivo.

Todo lo contrario.

Estaba grabando en su mente los rostros de aquellos cuatro individuos. Sus ademanes, gestos...

También los pequeños detalles del apartamento. Todo cuanto le fuera de ayuda.

Iba a seguir el consejo de Joanna.

Sí.

Iba a aplastarles.

CAPÍTULO IV

Washington D. C. es la capital de la nación.

Sede del Gobierno federal, del Congreso y del Tribunal Supremo; residencia del presidente.

Pero Washington es también una de las ciudades más bellas de EE. UU. Plagada de largas y arboladas avenidas. Con infinidad de parques y majestuosos monumentos. Es la ciudad de los cerezos. Es en el mes de abril cuando florecen en paradisíaco espectáculo los cerezos precedentes del Japón.

Y el Korty Park un hermoso jardín adornado de fuentes dotadas de magistrales surtidores.

Los niños jugaban alegremente en aquella radiante mañana de sol.

Las parejas buscaban rincones más solitarios y románticos.

La explanada de la orquesta estaba casi desierta. El sol dejaba sentir sus perpendiculares rayos con virulencia. Y los visitantes preferían deambular bajo los árboles.

Próxima a la tarima de la orquesta estaba la fuente.

Y la papelera acoplada a la farola.

Peter Holbrock podía divisar toda aquella explanada desde su punto de observación. Ayudado por unos pequeños prismáticos. Se encontraba en la terraza de la cafetería. Semioculto bajo uno de los toldos.

A unas trescientas yardas de la fuente.

Ya había visto a Stephen Doyle depositar el paquete en el interior de la papelera y alejarse presuroso.

Holbrock consultó su reloj.

Las

12 a. m.

Muy puntual.

Sólo quedaba esperar al chantajista.

Siete minutos más tarde apareció el niño. De unos doce años de edad. Caminaba decidido hacia la papelería. Tuvo que auparse para poder sacar el paquete del fondo.

Holbrock arqueó las cejas.

Perplejo.

El niño se alejó con el envoltorio en su poder.

Peter Holbrock comprendió el juego del chantajista. Estaría observando desde algún lugar si alguien seguía al muchacho.

El detective extrajo un radioteléfono.

Pulsó la palanca.

—¿Me escuchas, Joanna...? ¿Dónde te encuentras?

Le respondió una voz por el diminuto micro.

—Sigo en mi puesto, Peter. Junto a las estatuas. Cambio.

—El paquete ha sido retirado por un niño. Pantalón corto de pana marrón, camisa azul pálido y calcetines a rayas. Camina hacia la salida que conduce a la *Post Avenue*. Acude a su encuentro y síguelo. Yo voy hacia ahí dando un rodeo. Cambio y cierro.

Peter Holbrock abandonó el *snack* por su salida de servicio.

Bordeando la explanada realizó un amplio semicírculo por entre los diferentes paseos del Korty Park. Llegó al que comunicaba con la verja de salida de la *Post Avenue*.

Divisó a Joanna, pero no al muchacho.

Manipuló de nuevo en el radioteléfono.

—Joanna..., ¿dónde está el chico?

—En el puesto de helados. Ya entregó el dinero —respondió de inmediato Joanna a través del aparato—. A una mujer. La he visto subir hace un minuto a un Ford modelo «Maverick», color rojo, de dos puertas y matrícula finalizada en cuatro, ocho y tres. No he podido tomarla completa. Estaba estacionado frente a la salida del parque. Dudé en seguirla, pero mi auto quedó en la otra entrada. Cambio.

—Escucha con atención, Joanna. Yo iré tras ella. Con un poco de suerte aún podré localizarla. Tú interroga al muchacho. Nos reuniremos en el despacho.

Peter Holbrock emprendió veloz carrera.

El Korty Park disponía de cuatro accesos. Dado el lugar elegido

por el chantajista, Holbrock estacionó en la salida de la *Post Avenue* y Joanna en la principal.

Breves minutos más tarde ya pisaba a fondo el acelerador del Buick «Skyhawk».

Haciendo caso omiso al límite de velocidad de la zona.

También a dos discos rojos.

Aminoró la marcha al divisar a lo lejos el Ford descrito por Joanna. Un «Maverick» rojo de dos puertas.

Permitió que se alejara.

El «Maverick», tras recorrer la longitudinal *Post Avenue*, se desvió por Goslar Street. En dirección al Loagan Circle.

Fue un largo trayecto hasta adentrarse en Barrio Mills.

Un sabueso menos experto que Holbrock hubiera perdido el rastro.

El detective, conocedor de Washington como la palma de su mano, llegó incluso a adelantar en varias ocasiones al «Maverick» seguro de la obligada dirección de la calle por donde circulaban.

El «Maverick» aparcó finalmente frente al 1513 de Bloom Road.

Peter Holbrock prosiguió la marcha.

Por el espejo retrovisor vio descender a la mujer e introducirse en la casa.

Fue entonces cuando Holbrock desvió el auto hacia la cuneta estacionando en doble fila.

Encendió un cigarrillo.

La mirada fija en el espejo retrovisor.

Transcurridos cinco minutos abandonó el vehículo caminando el trecho que le separaba del 1513 de Bloom Road.

Una casa de una sola planta.

Como la mayoría de las existentes en Barrio Mills.

Peter Holbrock esbozó una sonrisa al descubrir el cartel que figuraba en la fachada.

«Leila. Salón de masaje».

Pulsó el llamador.

La puerta se entreabrió asomando él rostro de la mujer que descendiera del Ford «Maverick».

—No hay servicio, amigo. ¡Adiós!

Holbrock cargó contra la hoja de madera antes de que se

cerrara.

Con violencia.

La mujer salió despedida. El empujón la hizo trastabillar y caer aparatosamente. Piernas arriba. Una franja de morena piel destacó entre el negro *slip* y las oscuras medias de blonda.

Holbrock había cerrado de un taconazo y empuñado el revólver.

Nadie acudió.

—¿Estás sola, muñeca?

—¿Qué significa esto...? ¿Quién diablos eres tú?

Holbrock tendió su zurda hacia la mujer.

Como si fuera a ayudarla a incorporarse.

Lo que hizo fue soltarle un trallazo en la boca.

—Soy el que hace las preguntas. ¿Estás sola?

La mujer se pasó la yema de los dedos por los labios.

Estaba sangrando.

—¿Cuál es tu nombre?

—Leila Wasson.

—*Okay*, Leila. Levántate.

Obedeció.

Peter Holbrock le dirigió una cínica mirada.

De seguro que contaría con mucha clientela para el masaje completo.

Leila Wasson frisaba en los treinta años de edad. Rostro marcadamente sensual. Ojos lujuriosos. Cuerpo de acentuadas curvas. Macizas. Todo en ella rebosaba voluptuosidad.

—Me envía Doyle. Para ahorrarte la molestia de entregarle la película y las copias.

—¿Eres policía...? No..., no actúas como un policía. Un bastardo asalariado de Doyle, ¿verdad?

Holbrock no contestó.

Empujó a la mujer hacia el salón que se unía al *living*.

Aquello era como la sala de espera de un consultorio médico. Una mesa con varios ceniceros, dos largos sofás y cuatro sillones. De las paredes, en lugar de cuadros, fotografías de seductoras muchachas en traje de Eva. En obscenas poses. Cada fotografía con un nombre.

—Buen ganado, Leila —comentó Holbrock, centrando su mirada en una mulata de nombre Stella—. ¿Eres la propietaria del burdel?

—¡Esto es un salón de masaje!

—¿Quieres que te atice otra vez? Leila inspiró con fuerza.

Sus exuberantes senos tensaron al máximo la tela del vestido.

—Sí, soy la propietaria. Llevo diez años en el negocio. Pago mis impuestos...

—... Y eres una ciudadana ejemplar. Maravilloso, Leila. Tienes los cien mil dólares. Ahora dame las cintas.

—No las tengo.

—¿Dónde están?

—No lo sé. —Ante el amenazador avance del detective, Leila gritó de nuevo—: ¡No lo sé...! ¡Lo juro! Kerwin trata de reunirías.

Holbrock se dejó caer en el sofá.

Sonrió.

—Todo puede salir bien para ti si colaboras, Leila. Te has metido en un feo asunto. No hay que molestar nunca a un político influyente. Son muy peligrosos.

—Todo fue idea de Kerwin. Yo no...

—Tranquila, muñeca. Por el principio. ¿Quién es Kerwin?

—Le conocí hace un año en Nueva York. En el Garden Hotel. Yo estaba pasando allí el

week-end

del brazo de un fulano importante de Washington. Kerwin Nelson deambulaba por el vestíbulo del hotel, por el restaurante... Es el clásico *gigoló* en busca de alguna vieja millonaria. Entablamos amistad. Luego me visitó alguna vez aquí, en Washington, y yo a él en mis esporádicos desplazamientos a Nueva York. Hace algunas semanas le comenté que mi negocio de... masajes no iba del todo bien. Las chicas quieren un mayor porcentaje y los clientes escasean.

—La culpa la tienen los árabes con su petróleo.

Leila hizo una mueca.

—Un gracioso, ¿eh? Aún no sé tu nombre.

—Peter Holbrock, investigador privado.

—Debí suponerlo. Apestas de tanto husmear en los basureros.

—Volvamos a lo nuestro, querida.

—Kerwin me sugirió amenizar a los clientes con *cassettes* y películas pornográficas. Un sistema implantado ya en muchas casas de... masaje. Yo no tenía un centavo para esa inversión, pero no fue

problema. Kerwin Nelson me ofreció una colección particular. La semana pasada llegó con el cargamento. Cincuenta filmes porno y una veintena de *cassettes*. Les echamos un vistazo juntos. Fue una noche muy divertida. Los *cassettes* todos similares. Jadeos, gemidos, frases obscenas... Las películas también con pocos variantes, a excepción de quince títulos. Kerwin me aconsejó que los reservara únicamente para clientes especiales y de toda confianza. ¡Diablos...! Eran dinamita.

—Sí. Ya tengo una ligera idea del material.

—¿Te enseñó el señor Doyle la película? Buena, ¿eh? Pues se queda corta al lado de *Violación y bestialismo*. ¿Quieres que la ponga?

—No divagues, Leila.

—De acuerdo, encanto. Bien... Al ver *Violación en el apartamento* quedé perpleja. Yo conocía a aquella muchacha. ¡Era la señora Doyle!

—¿Por qué esa seguridad?

La mujer rió con suficiencia.

—Llevo establecida en Washington diez años, Peter. Puedes creerlo o no, pero uno de mis más enfervorizados clientes asiste con frecuencia a la fiesta de la alta sociedad llevándome como pareja. El pobre murió de un infarto.

—¿Durante uno de tus masajes?

Parpadeó.

—Oye, Peter..., ¿sabes que eres un tipo divertido? Muy ocurrente. No, encanto. Murió rodeado de su amada familia. Y mis visitas a las fiestas de la alta sociedad quedaron rotas; pero había coincidido con los Doyle en muchas ocasiones. Por supuesto sin intercambiar palabra alguna. Yo debía mostrarme siempre en un plano discreto. Recuerdo a los Doyle. Recién casados por aquel entonces. La joven y bella Karen junto al babeante Stephen Doyle. La reconocí. Era la muchacha de la película. La joven violada en el apartamento y sometida a degradantes actos. ¡Karen Doyle!

—Adivino la reacción de tu amigo Kerwin Nelson.

—No quería creerlo. ¡Aunque se lo juraba una y otra vez! Al día siguiente montamos guardia frente al *bungalow* de los Doyle. En espera de la señora Doyle. Cierto que ahora está muy distinta y cambiada; pero Kerwin la identificó también como la chica violada

años atrás. Ya no había duda posible, dado que Kerwin la conocía mejor que yo.

—¿Qué quieres decir?

Leila sonrió.

—Kerwin Nelson formaba parte del cuarteto que violó a Karen Doyle.

* * *

Peter Holbrock quitó la cinta del proyector.

—Ya puedes encender la luz, Leila.

La mujer no obedeció.

Estaba junto a Holbrock.

Se pegó a él.

—Sucio sabueso... No te has conformado con ver una o dos... Tenían que ser todas. Las catorce. Ya te aseguré que en todas eran los mismos actores, pero con diferente víctima.

—Enciende la luz, Leila.

—Te han excitado, ¿verdad, amor? También yo lo estoy. Tócame..., mi piel quema como el fuego...

Leila tomó la mano derecha del detective posándola sobre sus senos. Sin soltarla la hizo descender hacia la suave curva del vientre para luego hundirla en la oquedad formada por sus muslos.

Holbrock la rechazó.

Accionó el interruptor iluminando la estancia.

—¿Qué te ocurre, Peter?

—Me he quemado.

Los ojos de Leila brillaron furiosos.

—Comprendo. Hubieras preferido una película gay.

Peter Holbrock se apoderó del paquete que contenía los cien mil dólares. Lo abrió contando los fajos de billetes.

—¿Dónde está Kerwin Nelson?

—Ya te lo he dicho. Marchó a Nueva York. Al ver como el señor Doyle respondía al primer pago, le envió la segunda petición. Ayer salió hacia Nueva York para reunir las restantes copias y el negativo. Piensa sacarle cien mil dólares por cada cinta.

—Tu amigo Kerwin es un pobre iluso. ¿Dónde puedo localizarle en Nueva York?

—¡Al diablo contigo!

—Como quieras.

Holbrock acudió junto al teléfono.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Leila, alarmada.

—Avisar a la policía. Al FBI. Ésa es la orden de Doyle en el caso de no entregarles las copias. Tiene muy buenos amigos en el Federal Bureau of Investigation. Fue un error chantajear a un político, Leila. Hará que te pudras en prisión durante muchos, muchos años...

—Yo no tengo esas copias, Peter...; yo no..., es Kerwin.

—Sí, pero no quieres ayudarme a localizar a Kerwin. Si el asunto sigue en mis manos nada te pasará. Te lo prometo.

—¿Hablas en serio?

—Ni tan siquiera serás mencionada. Son ellos los que me interesan. ¿Se ha puesto Kerwin en contacto con sus compañeros?

—No era ésa su intención. Yo no los conozco. Ni tan siquiera sé sus nombres. Si los otros tres descubren que la joven víctima de *Violación en el apartamento* es actualmente la señora Doyle, también querrán su parte en el pastel. Kerwin no piensa decirles nada. Sólo él y yo estamos al corriente.

—Okay, Leila. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Oye, Peter..., dame cinco mil dólares y me largo de Washington. Temo las represalias de Kervin.

Holbrock dudó.

Sonrió sacando cinco mil dólares del envoltorio.

—Toma, aunque no debes preocuparte de Kerwin.

—Gracias, Peter. Eres un buen tipo. Venderé el negocio a las chicas y me iré de aquí hoy mismo. Díselo al señor Doyle. No volverá a saber de mí, no diré nada de...

—¿Dónde, Leila?

—En el 733 de Elcar Street. En la zona de The Bowery. En Manhattan.

The Bowery...

Sí.

Muy adecuado para un individuo como Kerwin Nelson.

CAPÍTULO V

Joanna colgó el auricular.

—No está, Peter. Los Doyle marcharon a Nueva York. Era su secretario. Al mencionarle tu nombre informó que podías localizar al señor Doyle en el Zero Hotel de Manhattan. El senador indicó que podías telefonarle allí en caso de necesidad.

—Haré algo mejor que eso. Le saludaré personalmente. Hace tiempo que no piso Nueva York.

—¿Cuándo salimos, Peter?

Holbrock, que manipulaba en la caja fuerte de su despacho, ladeó la cabeza dirigiendo una burlona mirada a la muchacha.

—Voy yo solito, Joanna.

—¿Por qué? —protestó airadamente la joven—. ¿Qué hago yo aquí?

—Puedes cogerte unos días de descanso.

—¡No los necesito! Oye, Peter..., puedo ser de ayuda. Al igual que en el Korty Park.

Holbrock se sentó tras la mesa escritorio.

Volvió a sonreír.

—Dar con el Ford «Maverick» fue un golpe de suerte. Sin duda encontró los semáforos en rojo, si no...

—¿Y quién te informó de que la mujer subió a un «Maverick» color rojo? El niño no pudo decir gran cosa. Sólo que una mujer le ofreció un dólar por coger un paquete de la papelería y entregárselo. Teniendo los tres números finales del auto, la marca y descripción de la mujer hubiera resultado posible localizarla. ¡Gracias a mi colaboración!

—Okay. Esta semana cuenta con una gratificación.

—¡Yo quiero ir contigo a Nueva York!

—No.

—Peter...

Joanna cambió de táctica.

Al igual que de tono de voz.

Se sentó sobre las rodillas de Holbrock echándole los brazos al cuello. Entreabrió los gordezuelos labios instantes antes de posarlos sobre los del detective. Los mordisqueó juguetonamente.

Peter Holbrock respondió de inmediato.

Amenizó el intercambio de besos deslizando su mano derecha por el busto de Joanna. Se centró sobre uno de los senos. Acoplándolo a su mano. Sintiendo aquella breve y dura redondez, que amasó una y otra vez.

—Iré contigo, ¿verdad...?

—No, nena. Sólo tengo una palabra y no...

—¡Vete al cuerno! —Joanna se incorporó como impulsada por un resorte—. ¡Eres odioso! ¡Un mal bicho!

Holbrock extrajo un maletín de uno de los cajones de la mesa.

—No voy como turista, Joanna. Mi campo de acción posiblemente se limita a The Bowery. Una zona de Manhattan muy poco recomendable. Tampoco voy a tratar con caballeros.

—No será para tanto. Ese tal Kerwin Nelson ha resultado un novato en el arte del chantaje.

—Cierto. No ha sido muy inteligente delegando el trabajo en Leila Wasson. Puede que no sea un buen chantajista, pero sí es un tipo peligroso. —Holbrock se incorporó con el portafolios en la zurda—. Bien, pequeña. Con un poco de suerte soluciono el asunto esta misma noche y mañana lo celebramos a lo grande, ¿de acuerdo?

La muchacha sonrió.

—Ten cuidado, Peter. ¿Recuerdas mi número de teléfono?

—Por supuesto.

—Lláname a casa si me necesitas para algo. Mañana estaré aquí. Aprovecharé para seguir con el *dossier* de la Stern & Welch Company.

—No trabajos mucho.

Después de besar fugazmente a la joven abandonó el despacho. Ya al volante del Buick «Syhawk» consultó el reloj de pulsera.

De no surgir contratiempo alguno llegaría a Nueva York en cuatro horas.

Al inicio de la noche.

A tiempo de interrumpir la cena del Kerwin Nelson.

Kerwin Nelson, dientes de caballo, nariz afilada. El único de *Violación en el apartamento* identificado por Leila.

Los cuatro individuos estaban grabados en la mente de Holbrock.

Lógico después de visionar aquellos engendros de películas.

Los reconocería entre una multitud.

Cuatro hijos de perra.

CAPÍTULO VI

Nueva York.

La jungla de asfalto más despiadada de EE. UU. La más cruel. La más inhumana. Uno puede morir desangrado en plena Quinta Avenida sin merecer la más indiferente de las miradas.

Decir Nueva York es decir Manhattan.

El Bronx, Brooklyn, Queens y Richmond no cuentan.
Manhattan.

Los negros en el prohibido Harlem, los alemanes en Yorkville, Mulberry Bend para los italianos, Chinatown...

Y The Bowery.

Lo peorcito del lugar.

Cerca del puente de Brooklyn comienza The Bowery. Un barrio plagado de las denominadas *flop hoyses*, donde los fracasados encuentran cobijo por unos pocos centavos. Llegando al East River, la miseria se convierte en peligrosidad. Una zona que pocos se atreven a visitar en la noche. Rechazada por los taxistas. También por los guías turísticos.

Peter Holbrock se había adentrado en The Bowery.

Enfilando hacia el East River.

La iluminación de las calles era defectuosa. Sólo amenizada por los luminosos de neón de algún tugurioso *night-club*.

Holbrock conocía bien Manhattan.

Desde el Central Park a la Estatua de la Libertad.

Incluido East River.

Circulaba ya por Elcar Street. El 733 correspondía a una vieja casa de ennegrecida fachada. Al lado existía un club con el nombre de Wawalag.

Peter Holbrock descendió del auto penetrando en el edificio.

Un vaho de humedad le envolvió.

Encendió un fósforo para poder distinguir los buzones de correspondencia. Allí encontró el nombre de Kerwin Nelson.

Tercera planta.

Sin ascensor.

Holbrock subió la escalera. Tanteando la húmeda pared. Un inconfundible chasquido le indicó que acababa de pisar una panzuda cucaracha.

Al llegar a la tercera planta volvió a encender un fósforo.

No encontró llamador alguno en la puerta.

Al golpear con los nudillos la puerta de madera, cedió mansamente.

El detective quedó inmóvil.

Como si durara en entrar.

Lo hizo con paso lento.

Entornando los ojos hasta acostumbrarlos a la penumbra reinante en el interior del apartamento.

Al final del corto corredor destacaba un resquicio de luz filtrada por debajo de una puerta.

Se dirigió hacia allí.

Hizo girar el pomo.

La estancia correspondía al dormitorio. La lámpara del techo no era muy potente, aunque sí lo suficiente para distinguir a Kerwin Nelson.

Yacía sobre el desordenado lecho.

Totalmente desnudo.

Los brazos en cruz.

Los ojos muy abiertos.

Y con un salvaje corte en la yugular.

La sangre formaba ya un considerable charco. Varias moscas pegadas en el rojizo y viscoso líquido.

Peter Holbrock avanzó hasta situarse al borde del lecho.

Sí.

Aquél era Kerwin Nelson.

Fue un cerdo en vida y murió como tal. Un buen epitafio para su tumba.

Degollado.

Holbrock sacó un pañuelo del bolsillo.

Comenzó a registrar los cajones de la mesa de noche y del armario. No encontró nada de interés. Al salir de la habitación borró las huellas del pomo de la puerta.

Echó un vistazo por el resto de la vivienda.

Minutos más tarde abandonaba el apartamento cerrando cuidadosamente la salida.

Encendió un cigarrillo mientras descendía la escalera.

Bien.

Con aquello no había contado.

Kerwin Nelson era el único que podía conducirlo hasta los otros tres actores de *Violación en el apartamento*. El que podía indicarle el camino a seguir para recuperar las películas.

Holbrock se detuvo frente a la entrada del Wawalag.

Tras unos instantes de indecisión penetró en el club.

El local era amplio. A la reducida iluminación se unía una densa atmósfera de humo de tabaco. El olor a bestia humana se mezclaba con el perfume barato. En nauseabundo combinado.

Varias parejas bailaban en la pista circundada por mesas.

El detective acudió al mostrador.

Muy poca clientela.

Un individuo de largas patillas pasó un trapo sucio por la barra.

—¿Qué va a tomar?

—*Whisky* o *brandy* —sonrió Holbrock—. Lo menos malo.

—Los dos son malos.

—Entonces un *brandy*. Se notará menos.

Una mujer enguantada en provocativo vestido se acercó a Holbrock con sensual ondular de caderas.

—Hola, amor. ¿Qué haces tan solo?

—Estoy esperando a mamá.

—¿De veras? —rió la mujer, divertida—. La esperaremos juntos. ¿Me invitas a una copa?

—Mamá me tiene prohibido que hable con desconocidas. Lárgate.

La sonrisa desapareció del rostro de la mujer.

—Bastardo —susurró antes de retornar a uno de los taburetes.

El barman sirvió el *brandy*.

—Oiga, amigo. —Holbrock le retuvo con una seña—. Estoy buscando a Kerwin. He ido a su casa, pero no contesta.

—¿Y qué?

Peter Holbrock apartó unos billetes hasta reunir veinticinco dólares.

—Me interesaría mucho hablar con Kerwin, ¿sabe? Me iba a presentar a un amigo suyo. Un fulano de color.

—¿Seguro? —rió el empleado de las largas patillas—. Creí que Kerwin era del KKK.

Peter Holbrock coreó la gracia del individuo.

—Quiero realizar una película y Kerwin me recomendó al negro. Un experto en... determinado tipo de filmes.

—No puedo ayudarle.

Holbrock añadió un par de billetes más.

—Estaría dispuesto a pagar cien dólares por localizar al negro. Me urge ultimar el contrato cuanto antes. Salgo mañana para Miami y quisiera dejarlo ya todo hablado.

El individuo dudó.

El codicioso brillo de sus ojos fue fugaz.

—Ya le he dicho que no puedo ayudarle. No conozco a ningún negro amigo de Kerwin. ¿Por qué no le espera? Si Kerwin se encuentra en Manhattan, siempre se deja caer por aquí antes de ir a dormir. Espérole.

El barman se alejó sirviendo a otros clientes.

Peter Holbrock terminó el *brandy*.

Hizo una mueca.

Aquel infernal líquido hubiera resultado más aceptable de haber conseguido la información.

—¿De seguro que no me invitas a una copa, amor? Podemos bailar una pieza. No te arrepentirás. Judith es una experta bailarina.

Holbrock fijó la mirada en la mujer, que nuevamente había acudido a su lado.

Pudo leer en sus ojos lo que no se atrevía a decir de palabra.

—De acuerdo, muñeca.

—¡Prepara un combinado especial, Donald! —exclamó la mujer al barman—. Vamos, amor...

La mujer tiró de Holbrock hacia la pista de baile.

Le echó los brazos al cuello, pegándose a él.

—¿Es cierto lo de los cien dólares?

—Ahá. ¿Conoces al negro?

La mujer siguió hablando al oído del detective. Pegada a él como una ventosa. Con leve y lascivo movimiento de caderas.

—Sí. Hace algún tiempo posé para él. No son muy recomendables. Ni él ni Kerwin. Aunque te hagas pasar por amigo de Kerwin, sé que no lo eres. No me importa lo que buscas, pero sí los cien pavos.

Peter Holbrock percibía el cuerpo de la mujer pegado al suyo. Los senos aplastados contra su pecho, aquel vaivén de las caderas...

—Oye, Judith..., ¿por qué no te separas un poco? No me concentro en la conversación.

—No seas cínico. De seguro que Donald no nos quita ojo de encima. Debes entregarme los cien dólares con mucho disimulo. Si Kerwin llega a sospechar que yo...

—Tranquila. Kerwin nunca lo sabrá.

—El negro se llama Oliver Dawson. Tiene un estudio fonográfico en Greenwich Village. Lo utiliza también como vivienda. Es el 1528 de Beach Street. Parece que le van bien las cosas. Kerwin siempre le está sableando.

Terminó la pieza.

Holbrock y la mujer retornaron al mostrador.

—Eres un encanto —rió la mujer tomando el combinado—. ¿Qué te parece si nos vamos a un reservado?

Holbrock consultó el reloj.

—Lo lamento, nena; pero ya es muy tarde para mí. Me ventilaré otro *brandy* a tu salud y te dejaré pagado un segundo combinado.

El llamado Donald, pendiente de la conversación, obedeció la indicación del detective para que sirviera otro *brandy*.

Peter Holbrock aprovechó la marcha momentánea del individuo para entregar a Judith los cien dólares que de inmediato fueron ocultos entre los opulentos senos de la mujer.

Arrojó seguidamente veinte dólares sobre el mostrador.

—Espero que cubran también el otro combinado para Judith.

—Seguro —asintió el *barman*.

—Si viene Kerwin por aquí le dice que se ponga en contacto conmigo. El ya sabe quién soy.

—Lo haré.

El detective se despidió de Judith con una sonrisa que fue correspondida.

CAPÍTULO VII

Peter Holbrock sonrió.

Complacido de su buena estrella.

Al salir del Wawalag fue a Greenwich Village. A la zona *hippie* de Bach Street. Llegó al 1528. Pulsó el llamador de uno de los apartamentos...

Allí estaba.

Frente a él.

Oliver Dawson.

El *cameraman* de color que abandonó la filmación para participar en la orgía.

El muy...

—¿Qué quiere?

—Hola, Kunta Kinté —saludó Holbrock, empujando al individuo

—. ¿Puedo pasar?

—¡Eh, oiga...! ¿Qué significa...?

Peter Holbrock se había adentrado en el apartamento.

Tras él fue Dawson hasta alcanzarle por el hombro y hacerle girar. Y encontrándose frente al cañón del revólver empuñado por el detective.

—¿Hay alguien contigo, Oliver?

—No...; oiga, si quiere dinero...

—No me interesa tu sucio dinero, Oliver. Vamos a hablar de negocios.

—¿Quién es usted?

—Eso no importa. —Holbrock guardó nuevamente el revólver en la funda sobaquera. Extrajo el papel donde figuraba la relación de títulos. Los quince cortometrajes—. Se trata de esto.

Oliver Dawson tomó el papel.

Su reacción fue fulminante.

Con soez maldición se abalanzó sobre Holbrock.

El detective parecía estar esperando el ataque. Le esquivó con facilidad a la vez que su puño derecho castigaba el costado de Dawson en seco impacto. Lo complementó con un segundo golpe, ahora con la zurda, en la cabeza del negro. Junto a su oreja.

Dawson cayó quedando a cuatro patas.

Un patadón en el estómago le hizo rodar definitivamente por el suelo.

Hacia el interior del salón.

La estancia era el estudio fotográfico. Plagado de focos, cámaras y decorados.

—¡Eh, Oliver...! Tienes bien montado el negocio.

Dawson no respondió.

Aún no había recuperado la respiración. Casi arrastrándose, alcanzó un semicircular sofá.

Peter Holbrock se sentó en el borde de la mesa cercana al sofá.

Frente al individuo.

—Bueno, Oliver. Ahora que ya me conoces vamos a hablar amigablemente. Sin tonterías, ¿de acuerdo?

—¿Qué quiere de mí?

—Estoy interesado en esas películas.

—Ya no me dedico a... eso.

—¿De veras? ¿Qué haces ahora, hermano? ¿Trabajar para la 20th Century Fox?

—¿Eres policía?

Holbrock chasqueó la lengua.

—No seas ridículo. Si fuera policía no estarías aquí, sino entre rejas.

—Ya no realizo ese tipo de filmes... ¡Lo juro! Lo dejé hace tiempo. Fue una locura de juventud.

—Lo comprendo. ¡Angelitos...!

—Esa lista de películas tiene una antigüedad de cinco o seis años. Sólo realizamos quince títulos. No fue negocio. Ahora me dedico a realizar reportajes fotográficos para empresas de publicidad. No he vuelto a hacer porno ni...

—No me cuentes tu asquerosa vida, Oliver. Me interesa una de las películas de la lista. Violación en el apartamento. Quiero el

original y las copias.

Dawson agrandó los ojos.

—¿Te envía Kerwin? El muy...

—No me envía Kerwin. También él te pidió las cintas, ¿verdad?

—Sí. Parecía muy interesado en recuperar todas las copias y el negativo. Quiso echar un vistazo a mi archivo y...

Dawson enmudeció.

Instintivamente se mordió el labio inferior.

—Ese archivo es tu relación de clientes, ¿no? Tranquilo. Sólo me interesa Violación en el apartamento. Me falta para completar la colección.

—No tengo esa película. Destruí el negativo y las copias fueron vendidas hace años.

Peter Holbrock sonrió.

Desenfundó parsimoniosamente el revólver.

Apuntó a la cabeza de Dawson.

—Okay, hermano. Ya que no puedes ayudarme encomienda tu alma al diablo.

—No..., no serás capaz.

La sonrisa se acentuó en el detective.

Junto con un extraño destello en los ojos.

—Te sorprendería saber de lo que soy capaz. Adiós, Oliver.

Aquella fría sonrisa y el brillo de los ojos atemorizaron a Dawson.

—¡No...! ¡Espera...! Tengo..., tengo el negativo...

—Magnífico, Oliver. Apuesto que no te importará regalármelo. ¡Muévete!

El individuo se incorporó.

Seguido de Holbrock se encaminó hacia la puerta.

La habitación contigua al salón era amplia. Toda una pared ocupada por estantería metálica. Allí se almacenaban infinidad de rollos de película.

Oliver Dawson abrió un armario.

Manipuló en la madera hasta descubrir un doble fondo. Allí se amontonaban cerca del centenar de cintas. Debidamente clasificadas y numeradas.

—Aparta, Oliver.

Holbrock contempló el material.

Etiquetado con su correspondiente título.

Los primeros números correspondían a los de la lista. Luego seguían otros. Muy significativos.

Experta en zoofilia, El viejo y la niña, Miss Fellatio, Sexo en grupo...

—Te felicito, Oliver.

—Tengo licencia para producir filmes pornográficos.

—¿También los quince de la lista? Sucio hijo de zorra sifilítica...

Siento deseos de pisotearte las tripas.

—Aquello ocurrió hace tiempo.

—Ya me lo has dicho. —Holbrock cogió el negativo de Violación en el apartamento—. Una travesura de niños.

Contempló la etiqueta.

«Violación en el apartamento. Número uno. Doce copias».

—¿Fue la primera violación, Oliver?

—Doce copias, ¿correcto?

Dawson asintió ahora con un movimiento de cabeza.

—¿Recuerdas la fecha, Oliver?

—Hace cinco años. No recuerdo más. Todas fueron realizadas hace cinco años.

—¿Tampoco el nombre de la chica?

—No.

Peter Holbrock endureció las facciones.

—Lógico. Fueron quince... o tal vez más. Qué importan los nombres.

—Eso ya pertenece al pasado y...

Holbrock le soltó un trallazo en la boca.

Con el rollo de cinta.

Los labios de Dawson se tiñeron de rojo. El brutal golpe le hizo saltar un par de dientes.

—Quiero las copias, Oliver. ¡Todas!

—No..., no las tengo —tartamudeó Dawson—. Le juro que no...

—¿Dónde están?

—Mis compañeros se quedaron con una. Kerwin Nelson, Brad Collins y Alan Hopkins. Ellos tienen una copia de cada Filme.

Holbrock esbozó una sonrisa.

La copia de Nelson estaba ya en su despacho de Washington. La utilizada para el chantaje.

—¿Dónde puedo localizar a Brad Collins y a Alan Hopkins?

—Alan Hopkins marchó hace un par de años a Filadelfia. No sé nada de él. Brad Collins es el propietario de una sala de juegos recreativos denominada Shivery. En Katt Road.

—¿Dónde fueron a parar las restantes copias?

—No lo sé.

—Kerwin quería echar un vistazo a tu archivo. Eso significa que tienes una relación de clientes, ¿no es cierto? ¡Responde, bastardo!

—Sí... Hay clientes fijos...

—Deduzco que los quince títulos de la lista no son adquiridos por vulgares *voyeurs*, sino por sibaritas del sexo. Tipos de confianza. Pues bien, Oliver. Escucha con atención. Te doy un plazo de veinticuatro horas para recuperar las copias que faltan.

—Pero Hopkins está en Filadelfia...; no sé su paradero ni...

—Olvida a Alan Hopkins. También la copia de Kerwin. Quiero las restantes. Mañana pasaré a recogerlas. No me falles, Oliver. Tampoco intentes hacerme una fea jugada. No te lo aconsejo.

—Cumpliré.

Holbrock sonrió.

Fríamente.

—Haces un buen negocio, Oliver. Es tu vida a cambio de esas copias. No lo olvides.

* * *

La lujosa *suite* del Zero Hotel disponía de confortable salón formado por tapizado tresillo, mesa cuadrangular y mueble bar dotado de televisor.

Stephen Doyle no salía de su asombro.

—Es..., es usted extraordinario, Holbrock. Cuando me telefonaron de recepción anunciando su visita temí lo peor. El haberse desplazado a Nueva York significaba que algo grave había ocurrido. ¡Y me encuentro con el caso solucionado!

Peter Holbrock saboreó el *brandy*.

«Courvoisier».

Un *brandy* muy distinto al de Wawalag.

—No del todo, senador.

—¡Cielos! No sólo ha recuperado los cien mil dólares, sino que

tiene el negativo y la posibilidad de recuperar todas las copias. ¿Sabe una cosa? Aunque el tal Oliver Dawson le fallara, no importa gran cosa. ¿Seguro que no relaciona a mi esposa con la muchacha de Violación en el apartamento?

—No. Ni él ni los otros. Kerwin Nelson quiso hacer el negocio solo.

—¿Confía en la promesa de esa mujer?

—¿Se refiere a Leila Wasson? Sí, Doyle. No sólo le metí el miedo en el cuerpo. También me tomé la libertad de entregarle cinco mil dólares del paquete. Se consideraba muy feliz de salir tan bien librada. Y aun en la remota posibilidad de querer chantajearle, ya no puede presentar prueba alguna.

—Si mañana Dawson no le entrega las copias, olvide el asunto. El que identificaran a mi esposa fue una jugada del destino. Ninguno de ellos la relacionará con la señora Doyle.

—Creo que estaría más tranquilo con las copias. Incluida la de Alan Hopkins. Se libraría para siempre de la amenaza de un chantaje. El negocio de Dawson es la producción y venta de películas pornográficas. En ese tipo de comercio la venta es reducida. Los clientes prefieren el alquiler y cambio de filmes. Esas cintas de violaciones reales son destinadas a clientes especiales. De ahí que Oliver Dawson los controle. Uno de esos clientes, mañana o dentro de un año, puede albergar la misma idea de Nelson.

Stephen Doyle quedó pensativo.

Movió lentamente la cabeza.

—Sí, tiene razón... Es mejor destruir toda esa infamia.

—Aquí tiene el negativo. Puede empezar por él. Esperemos que mañana pueda hacer lo mismo con el resto de las copias.

—No sé cómo agradecerle...

—Ya le pasaré la factura —sonrió el detective—. Si todo sale bien, mañana mismo emprenderé viaje a Filadelfia.

—Mañana regreso con mi esposa a Washington, Holbrock.

Posiblemente después del almuerzo. Éste fue un viaje imprevisto. Ahora mismo llegamos de una recepción oficial y...

—¿Está aquí su esposa? —interrogó Holbrock, fijando su mirada en la puerta que conducía al dormitorio.

—Sí, pero no se preocupe. Ocupa la habitación contigua a la mía. Ya está durmiendo. Por cierto..., usted ocupará una de las

habitaciones que tengo reservadas.

—No, gracias. Demasiado lujo para mí. Me sentiré incómodo. Además, la noche todavía es joven. Máximo en Nueva York.

—Como guste. Le reitero mi felicitación, Holbrock.

Los dos hombres se incorporaron estrechando sus manos.

—Olvidaba un pequeño detalle, senador. Referente a Kerwin Nelson.

—¿Sí?

—Está muerto.

La sonrisa se heló en el rostro de Doyle.

—¿Le ha...?

—No he sido yo, Doyle. Cuando llegué a su apartamento ya estaba muerto. Degollado.

—Cielos..., ¿cree que su muerte guarda relación con el caso?

—Lo ignoro, pero lo cierto es que Nelson no descubrió el juego a sus compañeros. Si alguien más sabe lo de la señora Doyle pronto se dará a conocer.

Todo el optimismo de Stephen Doyle se esfumó.

—También puede ser un ajuste de cuentas —comentó Holbrock, animoso—. Algo ajeno a nuestro caso. Individuos como Kerwin Nelson se desenvuelven en un mundo de violencia. Mañana conoceremos la respuesta. Si Oliver Dawson cumple lo prometido, todo habrá concluido satisfactoriamente. Le mantendré al corriente. Buenas noches, senador.

Peter Holbrock, apenas abandonar el salón, borró la sonrisa de sus labios.

También a él le inquietaba la muerte de Kerwin Nelson.

CAPÍTULO VIII

Peter Holbrock pernoctó en un hotel de Greenwich Village.

No fue muy madrugador. Alrededor de las once se levantó desocupando la habitación. Un afeitado en una peluquería de Charles Street y luego un vodka con zumo de tomate mientras echaba un vistazo a la prensa.

El asesinato de Kerwin Nelson ocupaba un pequeño recuadro en los ejemplares de última edición.

Insignificante.

Morir violentamente en The Bowery no era noticia.

El suceso sí preocuparía a Oliver Dawson. Tal vez hasta el extremo de echarlo todo a rodar, temeroso de correr igual suerte. Podía sospechar en buena lógica que su violento visitante era el asesino de Nelson. Y que acabaría con él después de que le entregara las copias.

Aquella hipótesis hizo dudar a Holbrock.

No esperaría a la noche para visitar a Oliver Dawson.

La adelantaría a primera hora de la tarde. Después del almuerzo.

Así lo hizo, sólo que nadie respondió a la llamada.

Deambuló por Bach Street retornando a las pocas horas. Con igual resultado. Oliver Dawson no estaba en su apartamento. Podía estar recuperando las copias... o haberse largado de Nueva York.

Peter Holbrock se acomodó al volante del Skyhawk.

Abandonó Bach Street.

El recorrido por las calles de la ciudad culminó en Kan Road. Frente al salón de juegos electrónicos Shivery.

Descendió del auto penetrando en el local.

El infernal ruido de las máquinas tragaperras le aturdió. Las había para todos los gustos. De azar, competición y bélicas.

Holbrock recorrió el salón.

Aquello era todo un espectáculo.

Jóvenes que por unos centavos imaginaban estar pilotando un bombardero y enemigos por doquier. Babeando de entusiasmo cuando en la pantalla aparecía el fogonazo indicador de avión derribado. Otros preferían contorsionarse histéricos accionando los flippers para conseguir la puntuación de premio. Las máquinas de azar, con sus variadas combinaciones de ganancia, eran las más concurridas.

Holbrock probó fortuna en una slot-machines.

La dejó tras alimentarla con tres dólares.

Al fondo de la sala un individuo permanecía tras un pequeño mostrador. Dos empleados más vigilaban para evitar desmanes en las máquinas, atender reclamaciones o reparar cualquier avería.

—¿Necesita cambio de moneda, amigo?

Peter Holbrock sonrió al individuo del mostrador.

Un joven melenudo y con ojos de LSD.

—No. Estoy buscando a Brad Collins. No le veo por aquí...

—Le encontrará en su despacho. Aquella puerta del final —el hombre señaló una puerta señalizada con la advertencia de «privado»—. No se moleste en llamar. Brad recibe a todo el mundo.

—Gracias.

Holbrock acudió al lugar indicado.

Hizo girar el pomo.

De poco le hubiera servido cualquier medida de prudencia.

El ataque llegó por la espalda.

Apenas abrir la puerta fue violentamente empujado.

Trastabilló.

Antes de que pudiera reaccionar sintió el golpe en la nuca. Cayó de rodillas. Giró aferrándose a la cintura de su agresor. Y entonces recibió un patadón en el costado izquierdo. No llegó a caer al suelo. Dos individuos le sujetaron por los brazos para que un tercero se despachara a gusto.

Peter Holbrock aulló acusando el puñetazo en el estómago. Siguieron otros, muchos más.

—Ya es suficiente, Roger —dijo una voz—. Soltadle.

Roger era el que se entrenaba teniendo al inmovilizado Holbrock como saco de arena.

Los dos individuos soltaron su presa.

Peter Holbrock si cayó ahora aparatosamente.

—Vuelve a la sala, Roger. Tú también, Karl.

Los dos melenudos abandonaron el despacho.

—Ayúdame a llevarle al sillón, Gary.

—Sí, Brad.

Peter Holbrock, casi sin conocimiento, fue acomodado en el sillón situado frente a la mesa escritorio.

Brad Collins le registró arrebatándole el revólver y la cartera.

—¡Infiernos...! Es un investigador privado. Peter Holbrock, domiciliado en Washington D. C.

—¿Un pesquisa?

—Correcto, Gary. Un pesquisa asesino. —Collins se situó tras la mesa. Acomodado en el sillón giratorio colocó los pies sobre la tabla —. Dale un trago de *whisky*.

El llamado Gary acudió a un pequeño mueble bar.

Aplicó el gollete de la botella a los labios de Holbrock. Parte del líquido resbaló por su barbilla.

El detective entreabrió los ojos.

Fijó la mirada en el sonriente Brad Collins.

No había cambiado mucho en cinco años. Se conservaba como en el filme. Sólo el pelo algo más corto y una vestimenta más burguesa.

—No ha sido un buen recibimiento, Brad.

—¿Nos conocemos? Yo no te recuerdo. Y nunca olvido la cara de un bastardo.

—Te conozco por tus cualidades interpretativas, Brad. He visto todas tus... películas.

La sonrisa se borró del rostro de Collins.

Jugueteó con el revólver.

—Bien, Peter. ¿Qué demonios significa todo esto? ¿Qué buscas?

—Deduzco que Oliver Dawson te habló de mí. Me estabas esperando, ¿verdad?

—Seguro. Oliver se presentó anoche contándome tu visita y el interés por Violación en el apartamento. Te describió detalladamente. Yo entregué mi copia a Oliver y le ayudé a recuperar otras más. Esta mañana sólo faltaban dos que Oliver quedó en recoger antes del almuerzo. Telefoneó para informarme de

que ya tenía todas las copias en su poder, exceptuando la de Hopkins y Nelson. Le comenté lo ocurrido a este último. El pobre Oliver lo ignoraba. No había tenido tiempo de leer los periódicos del día.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Oliver.

Brad Collins sonrió.

—Qué bromista eres, Peter. Tú lo sabes mejor que yo. Está con Kerwin. Los dos juntitos en el infierno.

* * *

Peter Holbrock encendió un cigarrillo.

Exhaló una bocanada de humo.

—¿Es cierto eso, Brad?

—¡Maldita sea tu estampa! —Collins se incorporó con el rostro desencajado—. ¿A qué diablos juegas, hijo de perra? ¡Estoy bien informado! Te vieron salir del domicilio de Kerwin Nelson. ¡Y ahora has liquidado a Oliver! Hace apenas diez minutos que me han pasado la noticia. Linda Gray, la chica de Oliver, fue en su busca. Al estudio fotográfico. Y allí encontró a Oliver. Desnudo sobre la cama. ¡Degollado! ¡Al igual que Kerwin! Linda está ahora camino del hospital presa de un ataque de nervios. ¡Y la policía husmeando en el apartamento de Oliver!

—¿Tenía ya todas las copias?

Brad Collins alargó el brazo derecho, encañonando al detective.

Curvó el dedo índice sobre el gatillo.

—¡Vete a burlarte de Satanás!

—Quítale el seguro, Brad —comentó Holbrock, con escalofriante indiferencia—. No ves que...

Collins desvió la mirada hacia el revólver.

Y Peter Holbrock saltó como un tigre.

Con la zurda atenazó la mano armada de Collins mientras que con la derecha le aplicaba un contundente golpe de karate.

Gary se apoderó velozmente de una «Walter

P-38

» oculta en funda sobaquera.

—No lo intentes, Gary.

El melenudo quedó inmóvil. La automática en su poder, pero sin apuntar al detective.

Holbrock sí le estaba encañonando.

—Suéltala, Gary. Con mucho cuidado.

El individuo obedeció.

Holbrock alejó el arma de un puntapié.

—¡A la pared, Gary! ¡Brazos en cruz y la nariz pegada a la pared!

Brad Collins se incorporó sacudiendo la cabeza.

—Maldito...

—Soy ajeno a esas muertes, Brad. Sólo me interesan las copias de Violación en el apartamento. Si ahora están en poder de la policía mi misión ha fracasado. Voy a salir de aquí. Si alguno de tus hombres me cierra el paso los disparos ahogarán el ruido de las tragaperras.

Collins bizqueó.

—Entonces, ¿tú no...?

—No me dedico a asesinar gente, Brad. Aunque se trate de basura como vosotros.

—Debe ser obra de Eli Matheson —dijo Gary, desde la pared—. Nos amenazó. No quería que le...

—¡Cierra la boca, estúpido! —gritó Collins—. Ya tengo bastantes problemas. Debo salir cuanto antes de la ciudad. Si la policía encuentra las películas...

Peter Holbrock, ya girando el pomo de la puerta, sonrió despectivo.

—Corre, Brad, corre... Me temo que no llegarás muy lejos.

CAPÍTULO IX

Marty Brooks, teniente del Departamento de Homicidios, ahogó un suspiro.

—¡Qué tiempos aquéllos, muchacho! Aquella corta temporada en Washington fue la mejor de mi vida. Me enteré de tu... salida del FBI. ¿Recibiste mi felicitación?

Los dos hombres rieron al unísono.

Peter Holbrock movió la cabeza de un lado a otro.

—No has cambiado, Marty. Sigues siendo un gran tipo. ¿Cuándo te retiras?

—Me retiran, Peter. Este año. Y casi me alegro de ello. Esto ya es demasiado para mí. Vomito todos los días al llegar a casa. No hay duda de que ya soy un viejo. Los crímenes de ahora, la depravación existente, el salvajismo inhumano... ¿Ya has cenado?

—No.

—Bien. Entonces te enseñaré algo. Hoy han asesinado a un fulano llamado Dawson. Un hijo de perra con antecedentes por proxenetismo, corrupción de menores, trata de blancas, drogas, pornografía... Lo dicho. Un hijo de perra. Le han degollado. ¿Sabes qué encontramos en un doble fondo del armario?

—Violaciones filmadas.

El teniente Brooks quedó con la boca entreabierta.

Reaccionó con una mueca que acentuó las arrugas de su rostro.

—Debí suponerlo... Lo tuyo no es una visita de cumplido. Máxime después de presentarte con la cara magullada. ¿Quién fue? ¿Kerwin Nelson o Oliver Dawson?

—Ninguno de los dos. Tropecé con la clásica puerta.

—¿No sería Brad Collins? Aún no le hemos encontrado. Abandonó precipitadamente su tugurio de máquinas tragaperras.

Nos fue difícil identificarle por las películas, ¿sabes? Las amistades de Nelson y Dawson no colaboraron. Nadie identificó a los otros dos... Actores. Esa pérdida de tiempo permitió que Brad Collins escapara. Ya hemos identificado también al cuarto individuo. Alan Hopkins.

—¿Hay acusaciones contra ellos?

—¿Bromeas, muchacho? ¡Catorce violaciones! Tal vez más. Tenía las cintas del armario numeradas. Nos falta la primera, pero no importa. Precisamente esa primera víctima fue una de las pocas que denunció la violación.

Holbrock se esforzó en mantener una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—¿Cuántas muchachas presentaron denuncia?

El teniente rebuscó entre los papeles que se amontonaban sobre su mesa.

—Aquí está... Violaciones denunciadas en Nueva York hace cinco años. Puedes echar un vistazo. Las señaladas en rojo son las correspondientes a Oliver Dawson y compañía. Como comprobarás, todas las víctimas coincidieron en describir a sus atacantes, el número y el hecho de que un individuo de color filmó la violación. Cuatro tan sólo, Peter. Cuatro de quince. Y admiro a esas cuatro muchachas. Fue necesario mucho valor para narrar lo ocurrido.

Holbrock tenía la mirada fija en uno de los nombres.

Karen Heller.

Allí estaba su versión de los hechos. La alucinante violación en el apartamento. No pudo dar detalles del lugar donde la llevaron. Karen, teniendo por referencia las fechas de denuncia de las otras jóvenes, fue la primera de la serie.

Karen Heller.

Un nombre corriente.

Ni remotamente se podía relacionar con la señora Doyle de Washington D. C.

—No se cubre de gloria el departamento correspondiente. Con la descripción de los atacantes, con la particularidad de un cameraman negro y...

—No digas tonterías, muchacho —interrumpió el teniente Brooks—. Tú conoces el paño. Esa lista me ha sido proporcionada por los de Seguridad Ciudadana. Conozco la estadística de hace

cinco años. La oficial. En la ciudad de Nueva York. Diecisiete mil delitos diarios, cinco asesinatos diarios, diez violaciones diarias... [1]. Una simple multiplicación nos proporciona cifras espeluznantes de muchachas violadas. ¿Denuncias? Muy pocas. Los de Seguridad Ciudadana investigan, pero no siempre con éxito. ¿Un cameraman negro? ¡Hay cientos de ellos en Harlem! ¿Melenudos? ¡Todos son melenudos! Luego, si se consigue atraparlos, las víctimas retiran la denuncia. Sí, Peter. Al principio, presa de los nervios e indignación, denuncian lo ocurrido. Luego, cuando son llamadas a identificar al supuesto agresor, dan marcha atrás. Temen la publicidad, el juicio público, las presiones del marido o novio, familiares, amistades... De toda esa larga lista de violaciones denunciadas podrás ver algunas con las siglas «D. R.».

Holbrock volvió a consultar las hojas.

El nombre de Karen Heller figuraba con el indicativo «D. R.».

—¿Qué significa, Marty?

—Denuncia retirada. Eso significa.

—Denuncia retirada...

—Correcto. De las cuatro presentadas contra Oliver Dawson y demás, dos fueron retiradas posteriormente. Permíteme... —Brooks tomó de nuevo la lista—. Aquí están. Karen Heller retiró la denuncia a los dos años de formularla. La otra..., Dorothy Kramer, no esperó tanto. A las cinco semanas de la violación, sin duda presionada por la familia, se retractó. Ninguna de las dos puede ser molestada o interrogada con relación al asunto. Lo negarían todo. ¿Te das cuenta de la difícil misión del Departamento de Seguridad Ciudadana?

Peter Holbrock no contestó.

Quedó pensativo.

Karen retiró la denuncia el mismo año de su matrimonio con Stephen Doyle. Sin duda deseosa de desprenderse de aquel lamentable suceso. Temiendo que algún día, si los agresores eran detenidos, fuera llamada a declarar contra ellos.

—Es lógica la postura de esas dos jóvenes.

El teniente asintió.

—Cierto. Máxime en el caso que nos ocupa. No se limitaron a violar a las muchachas, sino que las obligaron a realizar actos degradantes. Muchas de ellas quedarán marcadas para el resto de

sus días.

—Todo este asunto es un refinamiento criminal del comercio pornográfico, Marty. Y tú trabajas en Homicidios. ¿Por qué te ocupas del caso?

—Considero las muertes de Oliver Dawson y Kerwin Nelson como ajuste de cuentas. Ultimamente centraban sus actividades en el tráfico de drogas. Pisando el terreno de Eli Matheson.

—¿Sindicato del Crimen?

—Sí. Ya sabes que no admiten la competencia. Ni en pequeña escala.

—Me sorprende el *modus operandi*. No me imagino a los del sindicato desnudando a las víctimas para luego degollarlas.

Marty Brooks arrugó la nariz.

—Lo de Kerwin Nelson salió en los periódicos, pero ¿cómo sabes que Oliver...?

—Me lo dijo Brad Collins. Poco antes de hacer las maletas.

—¿Qué infiernos pintas tú en todo esto, Peter?

—Secreto profesional, Marty. No puedo decirte nada.

—No has jugado limpio conmigo, muchacho. Me has tirado de la lengua.

—No me has dicho nada nuevo. Sí me gustaría conocer el informe del forense. Lo de Dawson todavía es pronto, pero me conformaría con detalles de la autopsia de Kerwin Nelson.

—Háblame primero de tu cliente.

—No puedo hacerlo, Marty.

—Qué casualidad. Tampoco yo puedo hablarte de la autopsia de Nelson.

Holbrock sonrió.

Sonrisa correspondida por el teniente.

—No te entretengo más, Marty. Ha sido un placer conversar contigo. Te retirarás siendo un gran tipo.

Estrecharon sus manos.

—Peter...

—¿Sí?

—Cuidado con las... puertas, muchacho.

Dennis Blackey era como una enciclopedia andante. Todos acudían a él. Policías y delincuentes. Su campo de acción era Nueva York. Sus contactos emplazados en todas partes. En la ONU o en una vulgar lavandería de Chinatown. En el Rockefeller Center o en un burdel de The Bowery. Todo era conocido por Blackey. De cualquier acontecimiento futuro, él era el primero en saberlo.

Su archivo haría las delicias del Federal Bureau of Investigation.

—Telefoneaste hace cinco horas, Peter. ¿Qué se puede hacer en ese tiempo? Si hubieras preguntado por el color del pijama del presidente en esta noche, ya lo sabría. Si me pides información sobre la vida y milagros del nuevo delegado de la OTAN te lo diría en cuestión de minutos...

Holbrock sonrió.

—Lo mío es más sencillo.

—¡Y un cuerno! Las vidas insignificantes son las más difíciles de indagar. Un John Smith. ¿Quién diablos puede informarte de John Smith? Lo mismo ocurre con Karen Heller. Partiendo de tu pista puse en marcha mi organización. Karen Heller, hace cinco años, presentó denuncia por violación. El hecho de que los agresores filmaran el ultraje acaparó la atención de los periódicos. Generalmente ese tipo de delito, dada su proliferación, no merece cuatro líneas en la prensa. Karen Heller, dos meses después del suceso, es llevada por su viuda madre a una clínica de reposo. Sin duda afectada por el *shock* vivido. Pasa en el Vernon Center seis meses. Al salir se encuentra con la grave enfermedad de su madre. Enfermedad que la lleva a la tumba, Karen entra a trabajar en la Sommer Company como relaciones públicas. Permanece en la empresa alrededor de los dos años. Se despide, abandona su domicilio habitual y se pierde todo rastro de ella.

—No es gran cosa, Dennis.

Blackey pareció ofenderse.

—Maldita sea, Peter. ¡Ya es medianoche! Bastante he hecho reuniendo esos datos. Si quieres que prosiga mañana...

—No, no es necesario. El resto de la historia lo conozco.

—¿Final feliz?

—Seguro. Karen se casó a los pocos meses de su salida de la Sommer Company y vive feliz.

—Lo celebro. Cometieron con ella una canallada.

—Ayer liquidaron a un fulano. Un tal Kerwin Nelson.

—Sí, lo sé... y también que te vieron en Wawalag preguntando por él.

Holbrock parpadeó.

Sin ocultar una mueca de admiración.

—Eso no lo sabe el teniente Brooks.

—El personal y clientela de Wawalag no son partidarios de conversar con la policía; pero sí con mis contactos. También te han visto deambulando por el domicilio de Oliver Dawson. El que liquidaron hoy.

—Quiero informes de la autopsia. De Nelson y Dawson. No el que se da a la prensa, sino lo que se calla el Departamento de Homicidios.

—De acuerdo. Lo intentaré mañana.

—¿No puede ser ahora, Dennis?

Blackey denegó con un movimiento de cabeza.

—Mi contacto en Homicidios no tiene turno de noche. ¿Dónde puedo localizarte?

—Regreso a Washington, Dennis. Ahora mismo emprendo viaje. Llámame a mi oficina o al apartamento. Tienes mi ficha, ¿verdad?

—Seguro. ¿El pago en la forma acostumbrada? Por cierto..., aún no te he pasado factura por los informes de la Stern &

Welch Company. ¿Has abandonado el caso?

—Momentáneamente. Adiós, Dennis.

—Hasta pronto, Peter.

Peter Holbrock, de regreso a Washington, hizo balance de su desplazamiento a Nueva York.

Desolador.

Un saldo negativo.

Las copias reunidas por Oliver Dawson no fueron halladas por la policía en el apartamento. Tal vez nunca las llevó allí... o su asesino las cogió.

Lo cierto era que Holbrock regresaba sin ellas.

Lo único positivo era para el censo de Nueva York. En la sección de bastardos y similares había que borrar los nombres de Kerwin Nelson y Oliver Dawson.

CAPÍTULO X

Peter Holbrock apenas descansó un par de horas. Llegó a Washington al amanecer. Primeramente pasó por su despacho y luego al apartamento. Conectó el despertador para las 9a. m. Convencido de que el senador Doyle tampoco iba a ser muy madrugador. Tras estimulante ducha fría, afeitado y taza de negro café, emprendió camino hacia el *bungalow* de los Doyle.

En pleno centro de Washington.

Entre el Franklin y el Mt. Vernon Square.

De nuevo la reverencia del mayordomo.

—Un momento, por favor. Dudo que el señor Doyle pueda recibirle.

El sirviente regresó a los pocos minutos.

Con impasible rostro.

—Tenga la amabilidad de seguirme, señor.

El amplio *hall* quedó atrás.

El mayordomo abrió una puerta haciéndose a un lado para permitir el paso de Holbrock.

Stephen Doyle permanecía en pie.

Tendió su diestra hacia el detective.

—Adelante, Holbrock... No le esperaba tan pronto. —Doyle desvió la mirada hacia el mayordomo—. Gracias, Arthur. Puede retirarse.

Peter Holbrock empuñó los ojos.

Tal vez deslumbrado.

Doyle no estaba solo.

Allí, en el sofá del lujoso salón, se encontraba Karen.

Sí.

Fue su belleza la que deslumbró a Holbrock.

Una Karen muy distinta a la forzada protagonista de Violación en el apartamento. Más mujer. Más serena su belleza. Más acentuadas las curvas de su cuerpo. El paso de aquellos cinco años habían madurado seductoramente en Karen. El teñido pelo rompía aún más la semejanza con la Karen de años atrás.

—Quiero presentarle a mi esposa, Holbrock.

Intercambiaron los saludos de rigor.

Los labios de Karen esbozaron una sonrisa que no se reflejó en sus ojos. La mirada era triste. Una sempiterna tristeza en aquellos ojos negros y profundos.

—Mi mujer ya está al corriente de todo, Holbrock —dijo Doyle, ahogando un suspiro—. Estamos demasiado compenetrados. Mi preocupación de estos días la alertó y se mantuvo a la expectativa. Casualmente descubrió la retirada de los cien mil dólares del Banco y la orden que cursé a mi secretario para que informara al detective Holbrock de mi paradero en Nueva York. Fue atando cabos y... terminé por contarle todo.

Karen Doyle dejó oír su voz.

Armoniosa.

Cálida.

—Ambos cometimos el mismo error, Stephen. Yo por no contarte lo ocurrido hace cinco años y tú por silenciar el chantaje.

—Va a abandonar el caso, Holbrock —dijo el senador—. Tenga o no las copias.

—¿Abandonarlo?

—Karen me ha convencido.

La mujer fijó sus negros ojos en Holbrock.

—Usted aconsejó bien a mi marido al indicarle que denunciara el chantaje a la policía. Eso... o ignorar al chantajista. Fue un error ceder la primera vez. De seguro nada hubiera hecho contra nosotros. Ese filme es algo más que vulgar pornografía. Es la filmación de un delito. ¿Cómo puede atreverse el culpable a chantajear? El sería el primer perjudicado. En el supuesto de que las entregara a una publicación sensacionalista tampoco serían dadas a la luz. Aun la prensa más canallesca rechazaría esa cinta.

—Cierto —corroboró el senador—. Cometí un lamentable error.

Peter Holbrock encendió un cigarrillo.

Contempló alternativamente al matrimonio.

—Ese filme, como bien dice, es algo más que pornografía... y más que una violación.

Karen enrojeció como la amapola.

—Fui obligada a...

—Por favor, señora Doyle —sonrió Holbrock, cordial—. En tan crueles circunstancias y bajo la amenaza de muerte su reacción fue lógica. Comparto su opinión de que no se divulgaría el hecho; pero sí sería conocido en el Círculo político de su marido. Tiene muchos rivales, ¿verdad, señor Doyle? Su voz no es grata por el feo vicio de decir la verdad y atacar la corrupción. Sus enemigos políticos utilizarían el filme para minar el dinamismo e integridad de que hace gala. Acabarían con usted.

—No les considero capaces de...

—¿Seguro?

Doyle inclinó la cabeza.

Sin responder.

—No volveré a la táctica del avestruz, señor Holbrock —afirmó Karen, con decisión—. Si Stephen sigue conforme conmigo, olvide el caso. Dejo camino libre a esos desalmados. Que utilicen la película como gusten, pero no conseguirán de nosotros un solo centavo. Poco antes de su matrimonio, y para evitar problemas a Stephen, retiré la denuncia que formulé por violación. Ahora no me importaría afrontar las consecuencias. No soy la culpable, sino la víctima.

—Estoy contigo, querida.

—Un momento, Stephen... El señor Holbrock ha hecho una observación muy acertada. Tus enemigos políticos pueden acabar contigo.

—No me importa. Considere terminado el caso, Holbrock. Cuando guste, pase la factura.

—Siempre termino lo que empiezo, Doyle.

—¿Qué quiere decir?

Peter Holbrock succionó el cigarrillo.

—Cuatro fueron los agresores. Kerwin Nelson, Oliver Dawson, Brad Collins y Alan Hopkins. Dos han sido asesinados.

—¿Dos? Pero...

—Nelson y Dawson. Ignoro si esas muertes están relacionadas con la filmación de la película; pero lo cierto es que la policía

neoyorquina encontró en el domicilio de Dawson todos los títulos... a excepción de Violación en el apartamento. El bueno de Oliver Dawson, siguiendo mi consejo, había logrado reunir todas las copias. La policía nada encontró.

—¿Tiene algún sospechoso la policía de Nueva York?

—Están ahora a la busca de Brad Collins y Alan Hopkins como presuntos culpables de violación múltiple. Los asesinatos parecen señalar a un miembro del Sindicato del Crimen.

—No lamento la muerte de esos dos canallas —murmuró Karen—. Mentiría al decir lo contrario. Tampoco altera nuestra decisión. Si Quiere seguir investigando por su cuenta, hágalo.

—En este paquete tiene los noventa y cinco mil dólares y la copia entregada por Nelson. En mi deseo de recuperar las restantes copias, señora Doyle. Quiero ofrecérselas en homenaje a su belleza y valentía. Fue una de las pocas en denunciar a esos individuos. Poco importa que después, influenciada por la personalidad del que iba a ser su marido, retirara la denuncia. Cuenta con mi admiración y respeto. No está en mi mano hacerle olvidar lo ocurrido, pero sí el destruir esas canallescas cintas.

Karen sonrió.

En sus apagados ojos surgió un leve destello.

—Gracias, Holbrock..., gracias...

* * *

Joanna arrugó graciosamente la nariz.

—No me gusta. ¿Quieres conocer mi opinión?

—Adelante, Watson.

La muchacha ignoró la ironía de Holbrock.

—¿Está casada la muchacha?

—Seguro. Fue el marido quien soltó la pasta.

—Y el marido liquidó a Nelson y Dawson.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Joanna agrandó los ojos.

—¡Violaron a su mujer!

—En aquel entonces no era su mujer.

—Eso no importa. Quiere vengarse y recuperar las películas. Te siguió a Nueva York. Tú mismo le ibas indicando el camino para

dar con los violadores.

Holbrock se reclinó en el sillón giratorio colocando los pies sobre la mesa.

—No está mal, pero cuando llegué a la casa de Nelson ya le encontré fiambre. Eso quiere decir que el asesino no me seguía, sino que iba delante.

—Tú descubriste a Kerwin Nelson por mediación de Leila Wasson. Puede que ella...

—No. El marido se encontraba fuera de Washington. Recuerda que le telefoneaste y...

—¡Era él! ¡Stephen Doyle! ¡El senador Doyle! —exclamó Joanna—. Oh, no... Karen Doyle... De ahí que me resultara vagamente familiar. Es la esposa de Doyle la que fue...

Holbrock profirió una soez maldición.

—Lo has conseguido, Joanna. Ya me has tirado de la lengua.

—Siempre hemos colaborado juntos, ¿no es cierto?

—Este asunto es demasiado delicado.

—¿Acaso dudas de mi lealtad?

Holbrock sonrió.

—No, pequeña.

—Los Doyle... Entonces es la Mafia, Peter. También ellos identificaron a Karen Doyle en la película. Quieren las copias. No para sacar dinero a los Doyle. ¿Imaginas lo que pueden conseguir de Stephen Doyle? ¡Se aprovecharán de su calidad de senador!

—Muy buena hipótesis. De ser cierta se van a llevar una gran decepción. Los Doyle no piensan ceder a ningún chantaje. Ni aun a riesgo de echar a perder la carrera política del senador.

—¡Bien por los Doyle!

Peter Holbrock se incorporó.

Acudió al archivador metálico.

Del primer cajón extrajo una plana botella de *whisky*. Se atizó un largo trago.

—¿Qué te ocurre, Peter? ¿Cansado?

—Un poco preocupado. No acabo de ver claro este asunto. Puedo estar equivocado, pero creo que las muertes de Nelson están relacionadas con Violación en el apartamento. Las copias estaban en el apartamento de Oliver Dawson y el asesino se las llevó. ¿Por qué? Sólo Kerwin Nelson sabía qué Karen Heller es ahora la esposa del

senador Doyle. Maldita sea... ¡No entiendo nada!

—Olvida eso ahora, Peter. Necesitas descansar. Máxime si quieres salir mañana para Filadelfia. Vete a dormir a casa y...

Holbrock abarcó la cintura femenina.

La atrajo hacia sí besando los labios de Joanna.

—Eres maravillosa. ¿Sabes una cosa? Hoy, mientras almorzábamos, estuve tentado de pedirte en matrimonio.

—¿Hablas en serio?

—Por ahorrarme tu sueldo de secretaria soy capaz de todo.

—¡Oh, Peter...!

Volvieron a unir sus labios.

Estrechamente abrazados.

Peter Holbrock fue reclinando a la muchacha sobre la mesa escritorio hasta tenderla de espaldas. Quedó entre las piernas de Joanna. La falda a la altura de la cintura.

—Oh, Peter... El sofá, la mesa..., qué poco romántico eres, pero no me importa. Quiero que...

Sonó el timbre del teléfono.

El auricular estaba situado a escasas pulgadas de la cabeza de Joanna.

El respingo y grito de la muchacha fue simultáneo.

—¡Maldita sea...! —Holbrock, también bruscamente sorprendido, se abalanzó sobre el micro—. ¡Holbrock al habla!

Transcurrieron unos instantes antes de que le respondieran.

Una apagada voz.

—Señor Holbrock..., soy Stephen Doyle.

—¿Qué ocurre, senador?

—Estoy en las dependencias de la Metropolitan Pólice. Una visita de cortesía con otros compañeros del partido para interesarnos por los métodos de la policía. Llegó una comunicación de un coche patrulla de la zona de West End. Se había encontrado el cadáver de un hombre. Le identificaron como Brad Collins.

CAPÍTULO XI

Joanna esperaba al volante del «Skyhawk».

Contempló cómo Peter estrechaba la mano de uno de los hombres para luego abrirse paso entre los agentes uniformados que controlaban la entrada a la casa.

Se acomodó en el vehículo.

—En marcha, Joanna.

—¿Ha habido suerte?

Holbrock asintió encendiendo un cigarrillo.

—Aún me quedan algunos amigos en Washington. Máxime si son policías ajenos al FBI. El saber que yo fui expulsado de los G-men

me abre las puertas de la Metropolitan Pólice. La eterna rivalidad. El sargento Marvyn no sólo me permitió husmear, sino que facilitó todo tipo de detalles. Le liquidaron hace una o dos horas. El pobre Collins aún no había digerido el almuerzo.

—¿También... degollado?

—Pues no. Aquí cambia el *modus operandi* del asesino. Es curioso... Kerwin Nelson y Oliver Dawson aparecieron desnudos sobre el lecho. Aparentemente sin ofrecer resistencia a su asesino. Con Brad Collins fue distinto. Hay algunos objetos por el suelo y Collins sólo tiene desabotonada la camisa.

—Tal vez en su forcejeo con el asesino.

—No. Los botones no están arrancados con violencia. Fueron desabotonados uno a uno. Murió de un balazo en el pecho. A la altura del corazón. Por el aspecto de la herida se puede asegurar que el asesino pegó el cañón del arma al pecho de Collins y apretó el gatillo.

—No comprendo nada.

Holbrock sonrió.

Exhaló una bocanada de azulado humo.

—Tampoco yo, pero lo cierto es que Brad Collins vino a Washington para morir. Posiblemente abandonó Nueva York al mismo tiempo que yo. Al llegar a Washington alquiló esa pequeña casa. Unos muchachos introdujeron una pelota por la ventana. Dado que la casa llevaba algún tiempo sin alquilar, entraron despreocupadamente encontrando la desagradable sorpresa de un cadáver.

—¿Qué piensa de todo esto el senador Doyle?

—Me ha vuelto a confiar el caso. Está muy preocupado. De los cuatro protagonistas de Violación en el apartamento ya han muerto tres. Queda Alan Hopkins... y Karen Doyle.

—¿Karen?

—El senador teme por la vida de su esposa. En parte es comprensible. Desconocemos el Móvil que guía al asesino. ¿Quién nos asegura que no trata de eliminar a todos los participantes en el filme? Violadores y víctima. Stephen Doyle, por lo pronto, ha enviado a su esposa a Richmond. A casa de una hermana del senador. Karen ignora este nuevo asesinato y quiere evitarle cualquier inquietud.

—Un excelente marido. Bueno y forrado de dólares.

—Yo también tengo mis buenos ahorros, Joanna.

—Seguro. En los casinos de Las Vegas. ¿Crees que no te conozco? Cada vez que solucionas un caso y recibes tus honorarios los malgastas en Las Vegas. Me lo dijo tu anterior secretaria.

—¿Linda? Mc odiaba. Era una ninfómana y yo no le hacía caso. Por eso me odiaba.

—Muy gracioso.

Llegaron al apartamento del detective.

El auto quedó en el *parking* del edificio.

—Voy a darme una ducha y cambiarme de ropa. ¡Prepárame un *whisky*!

Peter Holbrock retornó junto a la muchacha veinte minutos más tarde. Luciendo camisa polo, chaqueta *sport* y pantalón a juego.

Joanna estaba en el sofá.

Leyendo el consultorio sexual del Penthouse.

—¿A quién has telefoneado, Peter? Tecleó aquí cuando marcaste

el número desde el dormitorio.

—Magnífica deducción, Wattson. Llamé a Dennis Blackey, pero no pude localizarle.

—¿Blackey? ¡Oh, no...!

—¿Qué tienes contra él? —sonrió Holbrock, apoderándose del vaso de *whisky* depositado sobre la mesa—. Individuos como Dennis son necesarios a la sociedad.

—No le conozco personalmente, pero su sola voz ya me resulta desagradable. Un hombre que vende información a la policía y al hampa no puede ser bueno.

—Todo lo contrario. Al trabajar para los dos bandos demuestra su total imparcialidad. No ha podido localizarle, pero he dejado un aviso. Llamará aquí. Hoy o mañana. De no estar yo tomarás tú la información.

Joanna dibujó en su rostro un gracioso mohín.

—¿De veras? ¿Y quién te ha dicho que voy a pasar la noche en tu apartamento?

—¿Qué te ocurre, nena? ¿Prefieres entonces la mesa de la oficina?

Joanna se incorporó.

Roja como la grana.

—¡Eres un...!

Holbrock la retuvo por los hombros.

La besó suavemente en los labios.

—Cuando te enfadas te pones aún más bonita.

—No te burles de mí...

Peter Holbrock la obligó a sentarse de nuevo en el sofá.

Vació el vaso de *whisky*.

—Considérate en casa, Joanna. Te llamaré desde Filadelfia.

—Pero...

—Salgo ahora, Joanna.

—¡Oh, no! —protestó la muchacha—. ¿Por qué no mañana, Peter?

—Mañana puede ser demasiado tarde para Alan Hopkins.

—¿Crees que corre peligro?

—Estoy seguro, pero aunque no fuera así Hopkins es el último eslabón de la cadena. El único en ayudarme a componer este sangriento rompecabezas. Debo salir ahora mismo hacia Filadelfia.

—Emprendiendo viaje mañana a primera hora...

—No, pequeña. El desplazamiento es corto, pero necesitaré la noche para localizar a Hopkins.

—Al menos quédate a cenar. Prepararé unos...

—Tomaré algo en el camino. —Holbrock acopló el revólver bajo el cinturón—. Te telefonearé a primera hora de la mañana. De seguro Dennis ya...

El detective enmudeció.

Quedó con la mirada fija en Joanna.

La muchacha se había dejado caer a lo largo del sofá.

Inició un sensual balanceo.

—Es un sofá de lo más cómodo, Peter... Mejor que cualquier mesa.

Holbrock movió la cabeza de un lado a otro.

—Eres perversa..., diabólicamente perversa...

—¡Peter!

El detective había abandonado el salón.

Joanna le dio alcance en el *living*. Cuando ya abría puerta de salida.

—Ten mucho cuidado, Peter...

Holbrock no respondió.

Se limitó a darle un fugaz beso de despedida.

CAPÍTULO XII

Llegó según el horario previsto.

Pasada la medianoche.

En aquella avanzada hora era imposible admirar la belleza de la ciudad, sus jardines, sus parques, sus zonas residenciales...

El itinerario de Holbrock no figuraba en la guía turística de Filadelfia. Barrio Wright no era zona recomendable. Y menos en la noche. Sus habitantes no hacían honor al lema de Filadelfia.

«City of Brotherly Love»^[2].

No.

En Barrio Wright no se amaba al prójimo.

Únicamente al dinero.

De ahí que Peter consiguiera la información deseada a cambio de un buen puñado de dólares.

Retornó al centro de la ciudad hospedándose en el confortable Sheraton. Aún pudo conciliar cinco horas de reparador sueño. A las nueve de la mañana telefoneó a Joanna desde el hotel.

Joanna ya tenía la información.

Dennis Blackey llamó pocas horas más tarde de la salida de Holbrock hacia Filadelfia.

Sí.

Un buen trabajo el de Blackey.

Una magnífica información. Unos datos sorprendentes que facilitaban la comprensión del rompecabezas.

Peter Holbrock abandonó el Sheraton Hotel.

Alan Hopkins se había convertido en un individuo muy popular. Corredor de apuestas para la organización de Lino Corazzari. Cubriendo la zona baja de Filadelfia.

Tenía un apartamento en Allen Street. A poca distancia del

College of Art. En el centro de la ciudad.

En el tablero del vestíbulo figuraba el nombre de Alan Hopkins.
Planta catorce, apartamento

7-C

·
Peter Holbrock se introdujo en uno de los elevadores del edificio.

Encendió un cigarrillo.

El rostro del detective aparecía sombrío.

Había llegado a madurar una hipótesis que se resistía a creer.

El pasillo de la izquierda le condujo hasta la puerta señalizada con las siglas

7-C

·
Pulsó el llamador.

La puerta estaba dotada de disco altavoz.

Nadie acudió a la llamada.

Holbrock consultó su reloj de pulsera.

Faltaban pocos minutos para las

10 a. m.

Demasiado pronto como un individuo como Alan Hopkins se encontrara en pie. Puede incluso que no hubiera pernoctado en el apartamento.

Volvió a presionar el timbre.

Una y otra vez.

En breves intervalos.

En una de las pausas escuchó un ruido del interior. De inmediato sonó una voz por el disco.

—¿Quién es?

—«Spiccioli».

Aquella palabra era una contraseña utilizada por los hombres de la organización de Lino Corazzari.

Conocerla le había costado a Holbrock trescientos dólares.

Los dio por bien empleados al comprobar cómo se abría la puerta.

Alan Hopkins.

Más envejecido que en Violación en el apartamento. Abundante pelo, pero sin la melena de antaño. Su rostro acusaba cierta

somnolencia. Acababa de ser despertado. Lucía un pijama de seda.

—¿Quién diablos eres tú? —Parpadeó Hopkins—. No te conozco de...

Holbrock empujó al individuo penetrando en el apartamento.

Un reducido *living* daba paso al salón.

—Bonita choza, Alan... ¿Dónde guardas el *whisky*?

—¡Oiga, hermano...!

Peter Holbrock le soltó un trallazo con la zurda.

Aunque aparentemente sin violencia, Alan Hopkins trastabilló hasta caer sentado en uno de los sillones del salón.

Hizo ademán de incorporarse para repeler el ataque.

Lo interrumpió al verse encañonado por el revólver.

—Buen chico, Alan. Así me gusta. Vamos a hablar de negocios. Echa un vistazo a esto.

Holbrock le mostró su credencial.

—Peter Holbrock..., investigador privado —leyó Hopkins, perplejo—. No puede actuar en el estado de Pennsylvania...

—No seas ridículo, Alan. Entre nosotros sobran legalismos. Sólo quería demostrarte que no soy policía.

—¿Qué quiere de mi?

Peter Holbrock descubrió el botellero. En el mueble principal del salón. Dejó el revólver sobre la repisa. Al alcance de la mano. Se sirvió un vaso de «Wilde Turkey».

—Estoy interesado en cierta película que protagonizaste hace cinco años, Alan. La que lleva por título Violación en el apartamento.

Hopkins rió divertido.

No parecía hombre fácil de acobardar.

—Ya eres el segundo que se interesa por eso película.

—¿De veras? ¿Quién fue el primero?

—Eso no importa. ¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

—Mi oferta es la mejor de todas, Alan. La más valiosa. Ninguna la puede superar.

—¿Cuánto?

—Tu vida, Alan. Eso a cambio de la película.

—Comprendo. Si no te entrego la copia me liquidas, ¿no es eso?

Holbrock saboreó el *whisky*.

Chasqueó la lengua.

—No sería yo el verdugo. Supongo que el mismo que mató a Kerwin, Oliver y Brad se encargará también de ti.

Una mueca de estupor asomó al rostro de Hopkins.

—¿Qué... qué quieres decir?

—¿No lo sabes? Tus compañeros han muerto, Alan. Kerwin y Oliver en Nueva York. Y Brad Collins ayer, en Washington D. C.

—Estás mintiendo.

—Deduzco que ya no estabas vinculado a ellos. De ahí que no te informara el círculo de amistades; pero salió en los periódicos neoyorquinos. Poco espacio, claro. Asesinar dos ratas no es noticia. ¿Cuándo llegan los periódicos de Washington a Filadelfia? De seguro ya están en los puestos de venta. Baja a comprar uno, Alan. Te informará del asesinato de Brad Collins.

Hopkins no se movió.

—Entonces... es cierto... Muertos...

—Del todo, Alan. Los tres. Y sospecho que es a causa de Violación en el apartamento.

Alan Hopkins asintió.

Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Sí..., ahora empiezo a comprender...

—¿De veras? Estupendo, Alan. Te quedaría muy agradecido si me lo explicaras todo a mí.

—Yo lo haré, Peter —dijo súbitamente una voz desde la puerta de entrada al salón.

El asombro de Holbrock fue lógico.

Por tres motivos.

La mujer que había hablado lucía un transparente negligé como única prenda. Muy cortita. En gasa negra. Los senos se marcaban con toda su turbadora tersura. Al igual que el intimó sombreado de su sexo.

Luego estaba el revólver «Charter» calibre cuarenta y cuatro que empuñaba con mano firme.

Y por último, se trata de la señora Doyle.

CAPÍTULO XIII

—¿Sorprendido, Peter?

Holbrock dirigió una insolente mirada al cuerpo femenino.

—Más que eso, Karen. ¡Maravillado!

La mujer rió en cantarina carcajada.

—Te admiro, Peter. Galante incluso ante la muerte. Apártate un poco del mueble. Concretamente de tu revólver.

El detective obedeció.

—¡Eh, Karen! —exclamó Hopkins—. ¿Qué significa todo esto?

—Creo que ya lo has deducido, Alan. He escuchado vuestra conversación.

—¿Es cierto lo de Oliver, Kerwin y Brad?

—Ajá. Yo les maté.

—Pero... ¿por qué?

—Te he mentado, Alan. No quiero tu copia de Violación en el apartamento por simple añoranza de los viejos tiempos. Nuestro encuentro de ayer fue casual. Me desplazé hasta aquí para matarte.

Hopkins forzó una sonrisa.

—No... No comprendo nada, pero no hay necesidad de matarme. Te daré mi copia. Ya dije que te la entregaría, ¿no es cierto? La tengo en una caja de seguridad del banco. Junto con documentos y algún dinero. Habíamos quedado en ir hoy juntos al banco y...

—Más que la copia me interesa cerrar tu boca, Alan.

—No insistas, hermano —sonrió Holbrock—. Estás hablando con una mujer de carácter. La esposa del influyente senador Stephen Doyle. Apuesto que lo ignorabas, ¿verdad? También tus compañeros. Kerwin Nelson lo descubrió casualmente y tuvo la mala idea de chantajear a Doyle. Y Karen decidió cortar por lo sano.

Muerte a los cuatro violadores.

—Pero nosotros no...

—No hubo tal violación, Peter —intervino Karen, con siniestra sonrisa—. Hace cinco años yo era una joven con mucha ambición y sin un centavo. Junto con mis buenos amigos Alan, Brad, Oliver y Kerwin nos calentábamos la cabeza para conseguir unos dólares. Las películas pornográficas de Oliver daban poco dinero. En aquella época la Prensa se hizo eco de ciertos filmes del sindicato donde se filmaban muertes reales. Entonces se me ocurrió lo de fingir una violación. Yo sería la víctima. Y para dar más veracidad al suceso denunciaría el hecho a la policía.

Alan Hopkins rió nerviosamente.

Con el rostro perlado de sudor.

—Fue muy buena tu idea, Karen. Genial. Alquilamos las copias del filme a fulanos con dinero. Pronto las doce copias eran disputadas. El alquilarla nos proporcionaba más beneficios que la venta. Haber denunciado la violación borraba toda sospecha de una farsa. El éxito alcanzado nos llevó a producir más películas de violaciones.

—Cierto, Alan; pero ya con víctimas reales. Con muchachas inocentes que eran sorprendidas por vosotros. De seguir actuando yo, apareciendo en todos los filmes, se descubriría que era truco. Y eso os hizo apartarme del grupo.

—Fue Oliver..., fue él quien...

—No os guardo rencor por eso, Alan. Apartarme de vosotros me resultó beneficioso. Mi ingreso en el Vernon Center, la muerte de mi madre... me hizo recapacitar. Me decidí por un empleo honrado. Encontré a Stephen Doyle. Un mirlo blanco. Y no quiero perderlo.

—Te daré la copia, Karen. Ahora mismo podemos ir al banco y...

La mujer chasqueó la lengua.

—Eres un poco torpe, Alan. Esa copia, a los ojos de mi marido, sólo es un desgraciado suceso donde yo soy la víctima. En nada altera su afecto hacia mí. Distinto sería el saber que su amada esposa participaba voluntariamente en Violación en el apartamento.

—¡No diré nada, Karen...! ¡Lo juro!

—Es posible, pero no puedo correr el riesgo. Estos tres años de matrimonio han transcurrido para mí con el temor de que uno de

vosotros terminara por identificarme como la señora Doyle. Retiré la denuncia poco antes de mi boda con Doyle, pero eso no me dio total tranquilidad. El día en que Kerwin envió la copia solicitando diez mil dólares comprendí que había que actuar. Conozco bien a mi marido y me resultó fácil descubrir que algo grave ocurría. Le seguí al Korty Park. Depositó un paquete en la papelería. Y a los pocos minutos aparecía el bastardo de Kerwin. Yo sabía que no se conformaría con esos diez mil. Tenía que morir. Aproveché un desplazamiento de mi marido a Nueva York para ir con él y ejecutar mi plan.

—Casi nos cruzamos, Karen —comentó Holbrock, con aparente indiferencia—. Encontré el cadáver de Kerwin aún caliente. Debí ser una dulce muerte, ¿me equivoco?

Karen sonrió divertida.

—Eres un tipo inteligente, Peter.

—No lo creas. Hasta hoy no sospeché de la... inocente víctima de Violación en el apartamento. Hace unas horas me informaron de la autopsia de Nelson y Dawson. Ambos muertos después de hacer el amor. Te resultaría muy sencillo engatusarlos.

—Cierto. Con Kerwin fingí madurar un plan para sacarle más dinero a mi marido. El muy estúpido se lo creyó. Oliver Dawson, ignorante de mi matrimonio y del chantaje de Kerwin, se llevó una grata sorpresa al verme. ¡Los viejos tiempos...! No me dio tiempo de eliminar a Brad Collins. Tenía que regresar con Stephen a Washington. De ahí que citara telefónicamente a Brad en Washington indicándole el *bungalow* a alquilar. Le prometí un negocio de muchos miles de dólares. Y acudió sin dudar.

—Sospeché de ti, ¿verdad?

—Pobre Brad... Estaba muy inquieto por la muerte de sus dos amigos. Nos besamos con pasión. Caminamos hacia el lecho. Jugueteaba con los botones de su camisa, cuando la luz se hizo en Brad.

—Recordando a Kerwin y Oliver desnudos y degollados.

—Sí, Peter. Afortunadamente llevaba mi revólver. Un recuerdo que conservaba de antaño. Balística no lo relacionará jamás conmigo. Nadie turbará tu posición que gozo actualmente. ¡Nadie!

—Lo estás pagando a un precio muy alto, Karen.

—Volvería a hacerlo. La miseria es muy desagradable. Máxime

conociendo la fortuna de Doyle. Ahora soy una dama respetable. Lamento tener que eliminarte a ti también, Peter. Eres ajeno al asunto, pero has llegado muy lejos en tus investigaciones.

—Fui muy torpe, Karen. Debí indagar más en tu vida. Descubrir que los seis meses de internamiento en el Vernon Center no fueron debidos al *shock* originado por la violación; sino una cura de desintoxicación por tu condición de drogadicta.

—Eso pertenece al pasado. Mi futuro es lo que importa. Un futuro esplendoroso que nada ni nadie truncará. Tu copia puede pudrirse en esa caja de seguridad, Alan. Tengo todas las demás. Lo importante era silenciar vuestras bocas. Ahora sí que nadie turbará mi...

Alan Hopkins se abalanzó hacia el mueble.

Cuando su diestra aferraba el revólver de Holbrock, sonó el disparo.

Hopkins giró como una peonza al recibir el impacto en el costado izquierdo.

Peter Holbrock también actuó, aunque su intento de lanzará sobre la mujer quedó cortado por el fogonazo.

Cayó hacia atrás.

La bala disparada por Karen sólo le había rozado la sien aturdiéndole.

Esperó el tiro de gracia.

El disparo hizo que Holbrock cerrara los ojos instintivamente.

Y fue un ahogado grito femenino lo que le obligó a abrirlos.

A tiempo de ver cómo Karen Doyle soltaba el arma para llevarse ambas manos al pecho. Intentando taponar la sangre que manaba de su seno izquierdo. Un líquido rojo que ya se extendía por la transparente negligé.

Karen se desplomó de bruces.

Con los ojos en blanco.

Quedó a muy corta distancia de Alan Hopkins, que, desde el suelo y con los brazos extendidos, sujetaba temblorosamente el humeante revólver.

EPÍLOGO

Peter Holbrock abrió el sobre.

La expresión de su rostro hizo que Joanna acudiera bordeando la mesa escritorio.

—¿De qué se trata, Peter?

—Un cheque a mi nombre. Por valor de veinticinco mil dólares.

—¿Doyle?

—Sí.

—Déjame ver...; ¿qué te dice?

—No hay nada más en el sobre, Joanna. Ni una sola línea. Muy comprensible.

—Tampoco lleva remite, aunque al matasellos es de Amarillo, Texas.

—De conocer su paradero le devolvería el cheque. Sólo cobro mis honorarios; aunque... No, no lo haría. No volvería a importunar a Stephen Doyle ni para entregarle veinticinco mil dólares.

—Pobre hombre... Toda una vida destrozada. Moral y políticamente.

Holbrock se incorporó del sillón.

—Doyle es un hombre de temple. Este abandono, el huir de Washington con rumbo desconocido, es lógico. Ha sido un duro golpe, pero se repondrá. Y de nuevo dejará oír su voz en la Cámara.

—¿Tú crees? No se ha podido echar tierra al asunto, Peter. Todo lo contrario. Ese tal Alan Hopkins es un mal bicho. Todavía sigue en plan bocazas desde la cama del hospital. Contando con todo lujo de detalles las aventuras del grupo hace cinco años. Y, por supuesto, los detalles más escabrosos dedicados a la difunta Karen. ¡Debió apuntar mejor!

—Si Karen hubiera sido más certera con Hopkins, yo estaría

muerto.

Joanna sonrió.

Le echó los brazos al cuello.

—Te quiero, Peter. ¿Sabes lo que podemos hacer con esos veinticinco mil dólares?

—Seguro. Ya me informé del primer vuelo para Las Vegas.

Los labios de la muchacha dibujaron un mohín de disgusto.

—Yo... yo pensaba...

—Dos plazas, Joanna. En Las Vegas son fáciles las licencias de matrimonio. Así ya conocemos el camino para cuando tramitemos el divorcio.

—¡Peter...! No habrá divorcio..., te haré el más feliz de los mortales. Cuidaré de ti...; le amaré toda la vida... No lo dudes, mi amor...

Unieron sus labios.

En apasionado beso.

Holbrock fue arqueando el cuerpo de la joven sobre la mesa.

—¡Oh, no! —exclamó Joanna—. No...

Enmudeció.

Sus labios habían sido nuevamente presa de Holbrock.

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.

Notas

[1] Datos verídicos. < <

[2] Filadelfia es conocida como «la Ciudad del Amor Fraterno». < <